

**EL PROFESOR**

**Javier Alejandro Aguilar**

**Ilustración de tapa: Ángel Donelli**

## Índice

<b>Bolilla I: A puertas del Bicentenario .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Bolilla II: Una vuelta de tuerca .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Bolilla III: Una buena estrategia .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Bolilla IV: El retorno.....</b>	<b>70</b>
<b>Tesis: La caja.....</b>	<b>83</b>

**Bolilla I**

**A puertas del Bicentenario**

El Brujo se reclinó en la silla de su oficina, un pequeño cuartito bien ordenado, en una calle perdida del barrio La Bombilla. Observó por la pequeña ventana de madera. Afuera, las calles de barro se deformaban entre surcos rebosantes de agua podrida; unos niños jugaban descalzos a la pelota; cada tanto, pasaban corriendo adolescentes, algunos con armas en la mano. Nunca falta, en un barrio como ese, el que vende drogas: muy cerca de allí, a mitad de cuadra, había una gran sucursal que atendía a puertas abiertas las veinticuatro horas. Más allá, cerca de la esquina, en una construcción antigua y deteriorada, trabajan mujeres de minifalda y tacos enormes. Autos y motos sin patente circulan a todas horas por ese submundo alejado de cualquier signo de progreso y legalidad. La Bombilla era uno de los barrios más nombrados por los periodistas de la sección Policiales. A Dios mismo le recordaría, todo aquel escenario, las calamidades de Sodoma y Gomorra.

Ahí, en su casilla, donde los cables trepan clandestinos hasta las líneas de alta tensión, el Brujo se pasaba casi todo el día frente a la computadora en busca de algún negocio. Hacía tiempo que andaba libre; ya no era el de antes. La cárcel lo había desgastado. El fin de su carrera se aproximaba, pero quería terminar con algo grande. Esa tarde, algo había descubierto. Levantó el teléfono y llamó al otro:

—Hola, pendejo —dijo con voz endurecida.

—¿Brujo?

— ¿Y quién más puede ser? ¡Si soy el único que te habla por laburo, *infel!* Venite, ya tengo laburo.

— ¿A qué hora, jefe? Yo salgo de la facu a las tres.

—No me digás que seguís perdiendo el tiempo con eso. ¡Dejate de hinchar las pelotas, venite al mediodía!

—No, jefe, usted no sabe cómo se ganan mochilas por aquí. Este mes le metí seis computadoras. Aquí trabajo y estudio.

—Ah, bueno, me quedo más tranquilo: no perdiste el oficio. Te espero.

El Brujo ya era un viejo conocido de la Justicia; algunas causas en su contra —robo agravado con arma de fuego, robo en banda, estafa e intento de asesinato— lo mantenían en la mira como uno de los delincuentes más peligrosos. No podía dejarse ver demasiado, por lo que sus búsquedas se concentraban en internet. Ahora algo había despertado su entusiasmo. Lo que había encontrado era un anuncio oficial: «Con motivo de los festejos de los doscientos años de la declaración de la Independencia, la Municipalidad de San Miguel de Tucumán, en conjunto con el Banco de la Provincia, organiza el concurso literario *A Puertas del Bicentenario...*» Al Brujo se le habían puesto los ojos como platos: premiaba al mejor cuento con ¡doscientos mil pesos!

Al día siguiente, lo esperó al otro sentado en su oficina frente a la computadora. En su mano derecha tenía un pucho, vicio que le había quedado de la cárcel. A un costado de la mesa, el café humeaba. El pendejo se estaba retrasando más de diez minutos; podía quedarse sin hacer el laburo, y eso sería lo más leve; recordó el caso del pelado Malmierca, que se atrasó una hora en una cita y terminó al otro día flotando en el canal Norte. Quizás se le hubiera ido la mano, pero así el Brujo se había ganado la reputación y el respeto. Todos lo consideraban un profesional exigente. Si te llamaba para un trabajo, no podías negarte, ni mucho menos romper sus reglas laborales.

Alguien golpeó la vieja y destartalada puerta de machimbre. A través de la luz que había entre el contrapiso y la puerta, vio moverse una sombra: era él, por fin.

—¡Pasá, chango! —le gritó al otro, que esperaba afuera.

—Permiso, jefe —dijo al entrar y, antes de que le reprochara su tardanza, se le anticipó—: Ahí le traje un veinte.

El pendejo estiró la mano y puso el paquete de cigarrillos sobre el escritorio.

—La próxima vez tarde, y te cago a palos, pendejo de mierda. —El Brujo se levantó, lo señaló con su mano humeante y agregó—: En este laburo, la puntualidad es fundamental.

Extendió el brazo y agarró los puchos. Un tango se escuchaba de fondo, mientras el locutor de la radio anunciaba a Julio Sosa.

—Perdón, jefe, es que se me pasó el bondi. Si le grité a ese hijo de puta y no quiso parar.

—Mirá, dejá de versear, soy viejo, pero no tan pelotudo. — Se sacó los anteojos de sol, se los acomodó en la cabeza; lo miró, realizó una pitada profunda, bajó del todo la música. Lo invitó con un gesto a tomar asiento. El otro lo conocía, ya había trabajado en varias ocasiones con él; sin embargo, su presencia lo intimidaba y más aún su historial; pero su reputación lo valía. Decidió tomar el riesgo; quería ir forjando su carrera.

—Escuchame, mirame a los ojos cuando te hablo, pelotudo... Hay un laburito. —Tomó un sorbo de café.

—¿Qué hago yo, jefe? —le dijo con una voz firme, mirándolo a los ojos. Él también se había acomodado los anteojos de sol en la cabeza.

—Pará, no te apresures. —Abrió el paquete de cigarros, sacó uno y lo prendió con los restos del otro. Se fumaba dos atados por día. El otro observaba con su único ojo cómo al Brujo le costaba alinear los dos cigarrillos y pensaba: “Está cagao el Brujo”. Le miraba esas ojeras cárdenas, las manchas en la piel, el temblor en las manos, cómo los huesos de los hombros emperchaban la camisa blanca. Sus brazos se movían, eran largos y huesudos, tatuados de cicatrices y pintados eternamente con tatuajes caseros. Había perdido su cabello. Desde la última vez que lo había visitado, cuando estaba guardado, no lo había visto tan desmejorado. Y pensó: “Se lo morfó la cárcel”. Se rumoreaba que padecía una enfermedad de los huesos; el temblor leve pero permanente en sus manos, lo evidenciaba. El Brujo le tenía un aprecio incondicional; fue el único que lo visitó en la prisión para hacer algunos laburitos.

—Jefe, está linda su oficina —le dijo el otro mientras acomodaba un cuadro con la foto en la que se abrazaban el Brujo y Diego Maradona—. ¡Qué fotito! ¡Con el más grande! ¡Tuvo la dicha de tocarlo a Dios! —le dijo, como para metérselo en el bolsillo. Era el gran misterio esa foto, al igual que su vida. Nadie le conoció algún familiar, ni siquiera a su madre. Sus viejos colegas, la mayoría muertos o con una pena de reclusión perpetua, no sabían de ese encuentro, no había ningún testigo que lo corroborara. Pensaban que era una foto trucada. El Brujo no era, ni fue, un delincuente de primera; sin embargo, él insistía en esa historia, con detalles de lugares y nombres. ¿Sería su estrategia para aparentar popularidad?

— ¿Viste? —le dijo con un tono medio porteño. Dio una pitada, se levantó y tomó la foto que colgaba de la deteriorada pared de machimbre—. También hice negocios con él. ¿Viste?, estás con un grande.

El otro distendió la escena, sabía cómo manejarlo al Brujo, aunque él pensara lo contrario... El Brujo le explicó, al igual que todas las veces que le preguntaba de esa foto, cómo había conocido a Maradona y dónde terminaron esa noche. Minutos más tarde le ordenó al pendejo que se sentara, bajó el volumen de la radio y le dijo:

—Bueno, pendejo, pasemos al laburo. —Regresó a su silla y giró el monitor—. Este hombre es el gerente del Banco y uno de los jurados del concurso. —Señaló una foto y le explicó con detalles su estrategia—. Así que lo vas a seguir al trabajo, a la casa, adonde vaya. Cuando entre al banco, te quedás afuera, esperando. ¿Entendés, pendejo?

El otro lo miraba y anotaba, como hacía en la facultad, en un cuadernito que le cabía en la mano.

—Son doscientas lucas.

Sacó la llave del bolsillo y le dijo:

—Tomá, llevate el 147. En cinco días te espero, a las ocho en punto, con el informe por escrito. Te vuelvo a repetir, quiero todo sobre él: en qué auto anda, si lo anda a gas, dónde carga. Si entra en horario al banco o antes. Si fuma y qué fuma, si tiene esposa, hijos, amante. Si practica algún deporte... — Con el resto del cigarro prendió otro, hizo una seca profunda, como si le faltara el aire, se paró, dio unos pasos hasta el cuadro, lo sacó, le pasó un trapo y lo volvió a ubicar—. Ah, y andá viendo de dónde sacás un cuento.

—¿Un cuento, jefe? —pregunta con cierta ironía y piensa: «Este se volvió loco en serio».

—Sí, un cuento. ¡Tanto que te la tirás de universitario! ¿O no entendés que necesitamos un cuento? ¿Cómo mierda querés que ganemos el concurso sin un cuento?

—Pero yo voy a la tecnológica, no a la de Letras. —Se pone la lapicera en la sien, como pensando. El Brujo aumenta el volumen de la radio.

—Fijate, mirá. —Saca del cajón del escritorio dos hojas—. Estas son las cláusulas del concurso. —El otro se queda leyendo. Ahora se oía en la radio al locutor decir las noticias.

Ya pasaron cinco días, el otro estaba con el informe listo, parado frente a la puerta, esperando que el jefe lo haga entrar. Eran las ocho en punto.

—Pasá, pendejo.

Él pechó nomás la puerta. Vio que el piso estaba plagado de filtros de cigarrillos: parecían esquirlas luego de una explosión. Una humareda ascendía hasta el techo de maderas flojas, como nubes que anunciaban una tormenta. El jefe estaba en un rincón, sentado de frente a la computadora. Fumaba. Seguía con la misma ropa: la camisa blanca ya había perdido su encanto; en las mangas y el cuello estaba la evidencia.

—Dame eso —dijo y le arrebató el informe—. Contame cómo te fue. No, mejor no hablés. Ya leo y después seguimos.

Prendió otro pucho. Lo invitó a servirse café y le dijo:

—Ah, mirá vos qué tenemos aquí. Así que el gerente tiene una hija chica. Bien, bien, pendejo. —Lo miró al otro—. El martes a la noche le vas a sacar unas fotitos a la pendeja; vos me ponés aquí que los martes y jueves

practica patín. Bueno, sacá varias y también cuando vaya al colegio, con sus compañeras.

El otro lo miraba y asentía con la cabeza, mientras le ponía azúcar al café.

—Bueno, tomá todos los recaudos. No te vas a mandar tremendo quilombo por dos fotos locas. Tomá todas las precauciones —dijo y abrió el cajón; después le entregó un celular.

El otro, mudo, anotaba todo; soplabá el café que humeaba.

—Ah, ¿cómo va lo del cuento?

—Tranqui, jefe, ya va marchando. Ese tema está casi solucionado.

Dio un sorbo y sacó del paquete una galletita dulce. El Brujo lo miraba.

—Mirá que lo necesito rápido. Es fundamental el cuento.

Agarró el paquete de galletas y lo guardó en el cajón del escritorio.

Dos días antes de este encuentro, el pendejo ya había encontrado una idea de cómo conseguir un buen cuento. Se había fijado por el Facebook en algunos talleres literarios. Eligió uno que dictaban en la zona del bajo porque le quedaba cerca de su casa. El sábado, después de la clase, esperó al profesor. Un alumno lo llevó hasta su casa, muy cerca del parque. Finalmente, el del auto se fue y el profesor entró con una mujer. El delincuente se quedó afuera esperando movimientos, en el 147 blanco con cristales polarizados. Cerca de las seis de la tarde, salió la mujer. Ya sabía que el profesor era solitario y no tenía familia; lo había investigado por la web; estaba casi seguro de que, si entraba en ese momento, lo iba a encontrar solo. Arrancó el vehículo y lo dejó a unas cuadras. Se metió el chumbo entre el pantalón y la espalda, y llamó a la puerta. El pendejo mantenía la calma, no era un principiante.

— ¿Sí? —Salió el profesor, despeinado; parecía que había estado durmiendo. Tenía unas pantuflas, una musculosa y pantalón corto. Habría pensado que era algún vendedor.

—Hola, ¿usted es el profesor... escritor, Félix Gallardo? —preguntó el presunto alumno mientras acomodaba la gorra para ocultar un poco más su rostro.

—Sí.

Se acercó hasta la puerta, confiado, porque el pendejo tenía buena presencia.

—Ah, vengo por el taller literario. Uno de los chicos me dio su dirección.

Los anteojos negros brillaban por el reflejo del sol; siempre los llevaba puestos: la pérdida del ojo derecho en una riña era un rasgo para no olvidar.

El profesor, ingenuo, abrió la puerta. El pendejo, rápido, le mostró el chumbo y lo empujó hacia adentro.

— ¡No me mirés! Si me colaborás, no te hago nada.

Le apuntaba en la espalda. El profesor caminaba lento, intuyendo que, una vez adentro, su vida correría peligro. Uno de sus tres perritos le saltaba al delincuente y éste lo acariciaba. Entraron y se encerraron en una habitación.

— ¿Qué querés? Acá no hay nada que te interese. Mirá, hay solo libros —dijo enojado el profesor.

—Por ahí viene la cosa, profesor.

Seguramente esa habitación era el lugar donde el escritor creaba sus historias.

—Mirá. — sacó del bolsillo una hoja doblada en cuatro, eran las cláusulas del concurso. El profesor estaba arrodillado frente a la pared.

—Este es tu trabajo.

Se tomó el tiempo necesario y le leyó las cláusulas para la participación del concurso, y agregó:

—Tenés que hacerme un cuento.

El profesor estaba desorientado; se imaginaba que le iban a robar todo, como hacía él con sus personajes en los cuentos policiales, donde los malos siempre se llevaban puesta una vida... Se calmó, aunque no entendía el propósito de que un delincuente te apunte con un arma y, en vez de pedirte tu billetera, te pida un cuento. Pensaba que esa escena superaba a cualquiera de todas sus ficciones realizadas. Esperaba lo peor, pero le siguió el juego: no podía hacer otra cosa.

—Tranqui, profesor, tranqui.

El pendejo se sorprendió cuando vio tantos diplomas en la pared; le causó mucha curiosidad... Se puso a ver.

—Ah, mirá vos, así que ganaste el primer premio en novela en España... También el mejor cuento de *Relatos Asombrosos*... Ah, entonces lo que te voy a encarar lo vas a poder hacer bien y rápido. Parece que vine al lugar correcto... ¿Entendiste lo del concurso? —le dijo mientras ojeaba un libro que había levantado del escritorio.

—Claro. — y, ya más tranquilo, agregó—: ya mandé mi cuento a ese concurso.

— ¿En serio?

El otro se dio cuenta de que se había relajado y, endureciendo la voz, le dijo:

—Meta, dejá de chamuyarme; dame tu número, así te hablo en dos días.

—No tengo celular.

—Ah, sos pícaro, profesor.

Le metió un culatazo en la nuca. Cayó sobre una estantería llena de libros.

—Anotame un número así te hablo en dos días. Quiero el cuento listo.

Se levantó, siempre evitando mirarlo. Fue hacia el escritorio y anotó el número del hijo.

—Disculpame el golpe, profesor, no es mi estilo. Pero no te hagas el pícaro.

Recibió el papel y le dijo:

—No jodas, es serio el asunto, no hables de esto con nadie. A la policía ni la nombrés, o la mato a tu mujer. Hacé lo que tengas que hacer, y nadie sale muerto de esta. Quiero ese cuento. Ah, el seudónimo que usarás será: El Brujo.

—Sí, sí, señor —respondió el profesor.

—Ah, me quedo con un libro tuyo.

El otro, levantó dos libros diferentes y agregó: – en dos días te hablo.

El Brujo salió de la oficina para iniciar la ejecución del plan. Ya tenía el cuento en sus manos; lo esperaba al gerente en la esquina del banco. Sabía que tomaba un taxi cruzando la esquina. El delincuente salió del auto y fue directo a pedirle fuego. Lo miró y le mostró una foto de su hija patinando.

—Vení, no hagas boludeces conmigo; no grites, no corras...

Lo agarró fuerte del brazo. El hombre, cuando vio la foto de su hija, entró en pánico. Caminaron dos calles y subieron al 147. Manejaba el otro.

—Bajá la cabeza, boludo, no me mires. No te voy a hacer cagar, si no jodes; pero si te mandas una cagada, te mato.

El gerente temblaba; se orinó. El sudor había empapado su camisa blanca. Se puso en movimiento el auto. Repetía una y otra vez:

—A mi hija no, a mi hija no, a mi hija no.

—Callate, callate; mirá, te estás meando, cagón. Silencio.

Le puso una capucha y le dijo:

—Esto es simple, muy simple. Yo ahora te libero, te dejo vivir, pero tenés que hacerme caso. Ahora te voy a dejar aquí.

Se detiene el auto sin patente.

— ¿Qué quieren? A mi hija no le hagan nada —decía sollozando.

—Quiero la guita del concurso, vos sos uno de los jurados.

—Pero yo no puedo acceder a ese dinero.

—Callate y escuchá. —Le metió un chirlo en la cabeza.

—Yo te dejo mi cuento, soy un participante más; lo único que tenés que hacer es convencer a los otros de que es el mejor, nada más. Y tu hija y vos vivirán, ¿entendés? — Le revoleó otro chirlo por la cabeza.

—Sí, señor, sí. No se haga problema, usted ganará el concurso —decía más tranquilo.

Al gerente no le costó mucho convencer a los demás integrantes del jurado sobre la elección del cuento. Era un trabajo profesional de un escritor que se había consagrado en varios concursos.

Al que no le pareció que se debía quedar callado después de los insultos y golpes, fue el profesor. Aunque la verdadera esencia de tomar medidas fue

porque él estaba esperando este evento, para ganar el premio y volver definitivamente a España, donde había vivido por más de quince años. Habló con su mujer y le contó su plan.

En el teatro San Martín, el gran evento de la entrega de los premios estaba a punto de iniciar. Como parte del público, estaban el profesor y su mujer. Llegó el momento más esperado, la entrega del primer premio, que inevitablemente debía recibirlo el Brujo, con una identidad falsa.

Ahí, casi en primera fila, estaba el descarado delincuente, con una sonrisa contagiosa. El otro lo esperaba afuera en el 147. El traje gris le quedaba bien. Se había dejado una barba prominente y una peluca negra que rozaba los hombros. Los anteojos de sol de gran tamaño cubrían su rostro conocido por los policías. El profesor salió antes del teatro y su mujer se quedó en la cómoda butaca.

—Ese premio era mío —le dijo a su mujer el escritor, mordiéndose los labios de la bronca, minutos antes de retirarse.

Dos horas más tarde, el Brujo y el otro estaban dentro del auto en una calle oscura del parque 9 de julio.

—Bueno. — sacó del bolsito varios fajos y empezó a contarlos despacio; temía que se le escapara alguno de más.

—Te voy a dar cinco lucas, bastante para un pendejo. —Y agregó—: Hiciste un buen laburo.

El otro miraba para todos lados, ni le importaba lo que le entregaba el Brujo. Miraba su reloj una y otra vez. Ya habían pasado veinte minutos de las diez de la noche.

— ¿Qué pasa, pendejo, llegás tarde a ver a la bruja? Decile que espere, a esa guacha.

Repentinamente, apareció un encapuchado y le puso al Brujo una punta en el cuello.

—Un movimiento de más y te la meto —le dijo el encapuchado.

—Pará, ¿qué te pasa?, soy el Brujo, pelotudo, el Brujo. Dejé de hacer cagadas.

—Qué mierda me importa, dame la guita, dame toda la guita.

El otro no hacía nada, ni siquiera atinó a sacar el arma, era un espectador.

El Brujo pensaba que todavía conservaba esa rapidez del pinguista, e intentó tomar el brazo del encapuchado. Lo sujetó y empezaron a forcejear. Era evidente que uno iba a morir.

—Dale, pendejo, bajalo, bajalo —gritó el Brujo.

El otro sacó debajo del asiento un enorme cuchillo y le perforó el estómago.

— ¿Qué hiciste, pelotudo? Lo mataste —se oyó.

Más tarde, cerca de la medianoche, a orillas del dique El Cadillal, habían lanzado el cuerpo a las profundidades. El plan no salió como hubieran querido; se llevaron con ellos un muerto, que no es poca cosa. Uno de ellos prendió un cigarrillo, entró al auto y se quedó en silencio pensando. Hasta que finalmente le habló al otro:

—Listo —dijo el profesor mientras envolvía la capucha dentro de una bolsa—. Dame la guita, así la guardo.

Dio una pitada, agarró la manija y bajó la ventanilla. Dejó el pucho humeante, haciendo equilibrio sobre el espejo retrovisor.

Mientras contaba los billetes, el otro le dijo:

—Listo, cien lucas para cada uno. Ah, si algún día volvés de España, hablame; me gustó hacer negocios con un escritor.

El profesor lo miró, guardó el dinero en el bolso y le dijo entre dientes:

—No tengo celular. — y agregó: — Yo nunca hice negocios con vos, solo recuperé un poco de lo que era mío.

Pasaron unos días y el escritor estaba escondido en una pensión de mala muerte en cercanías de la Facultad de Medicina. La Policía lo buscaba, era cuestión de días su detención, pensaba. Era imposible su regreso a España. Intentaba buscar el modo de encontrar una salida. Su novia se había distanciado; Félix no tenía a quien recurrir. Se jugó la última ficha. Pensó en algo delirante, peligroso. Esperó que las calles oscurecieran y se fue a *La Bombilla*. ¿Qué intentaba hacer? Nadie entra a ese lugar de noche, sin recomendaciones; quizás estaba buscando la muerte. Descendió del colectivo en Italia y avenida Ejercito del Norte. Esquivó de un salto «el río» de agua servida. Avanzó unos cincuenta metros y divisó un pasillo. El pasillo tiene más de una decena de bifurcaciones, como el interior de un hormiguero. El ancho no supera los tres metros. Félix apenas podía observar la oscuridad en esos lugares es una pieza fundamental para desaparecer en una persecución. Félix divisó tres individuos alrededor de una fogata, esa noche la brisa abrigaba a más de uno. Estaban tomando. Utilizaban de vaso una botella de gaseosa de plástico cortada al medio. Todos tenían gorras en sus cabezas rapadas. Ninguno superaba los veinte años.

La desesperación y la incertidumbre lo tenían acorralado. El tiempo se le había terminado. Sino se jugaba la última ficha, lo iba a perder todo, principalmente su libertad, lo que tanto había cuidado, lo que consideraba como lo más valioso de la vida, ser libre. Ahora pendía de su ingenio y de su coraje para poder proteger lo único que le quedaba. Se detuvo detrás de un poste de luz, extrajo del bolsillo de su camisa una hoja de un diario y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón; cruzó la calle, esquivó con un pequeño salto un bache donde rebalsaba líquido fétido que emergía de la alcantarilla que estaba unos metros antes. Ese agujero estaba al descubierto, hace tiempo se habían robado la tapa de acero para venderla y seguramente comprar drogas. Se acercó lo suficiente a los pibes y los encaró.

—Chicos, disculpen, ¿no lo vieron al Brujo?

Se dio vuelta el de gorra morada y respondió:

—Ta muerto ese. ¿Quién sos vo'?

—Yo lo maté, ese soy, el que mató al Brujo.

Félix sacó un porro del bolsillo de la camisa y lo ofreció, como un elemento de paz.

Los tres lo observaron. Uno bien cabezón, le dijo:

—Y para qué preguntás, guachín. ¿Qué andás fumado?

Y el que sostenía el vaso, el más joven, de unos quince años, le agarró el porro, le pidió fuego al de gorra morada y dijo:

—Sos pesao vo' —y agregó—: tomá, es vino.

Pasaron como dos horas y Félix tomaba y contaba con detalles cómo había matado al Brujo. Les ofreció el último porro. Los de gorras nombraban a un tal gordo Reyna, trabajan para él. Uno de ellos decía que pagaba bien y que

laburando con el gordo nadie lo tocaba, ni la *cana*. A Félix se le ocurrió una idea. Intentaba sacar información para saber dónde era la casilla del Brujo, pretendía esconderse ahí. Uno de los pibes, el de gorra morada comenzó a dudar de Félix, sacó una punta y lo empezó a revisar.

—Más vale que no seas cana porque te hacemos aca —le dijo.

El escritor estaba bien preparado, sacó del bolsillo trasero un recorte periodístico. La foto de Félix en la primera plana como presunto asesino de un tal Brujo. Los de gorra se sorprendieron, era cierto lo que decía Félix. Pero el más gordo lo señaló con ese brazo atestado de cicatrices, parecidas a las lombrices, cicatrices producidas seguramente por una punta carcelaria cuando estuvo guardado, le dijo:

—Entonces andás con guita, porque se decía que lo mataron para choriarle una guita que había «ganado» no sé a quién.

—Sí, con mucha guita y tengo algo para ustedes si me dicen a dónde vivía el Brujo.

El cabezón le puso una punta en el cuello y le dijo:

—Dame la guita ahora —con la otra mano lo sostuvo fuerte.

—Calmate, aquí no la tengo, tampoco soy tan boludo —respondió Félix.

— ¿Y dónde...? Vamos ya a buscarla.

—Mirá, pendejo, no me apurés. Tengo diez mil para cada uno, solo tienen que hacer dos cosas.

—Hablá, hablá—dijo el más chico.

—Me dicen dónde queda la casilla del Brujo y...

—Y qué...

—Y le dicen al tal gordo Reyna que quiero conocerlo.

Se miraron y asintieron con la cabeza. A los pendejos les importaba esa guita fácil, no tenían que ir a robar, ni siquiera arriesgar su libertad para conseguir esa buena cantidad de dinero para cada uno. Además, pensaban que el gordo Reyna no se iba a disgustar si armaban ese encuentro que pretendía Félix. Sabían que el gordo estaba siempre dispuesto para nuevas propuestas, además tenía todas la de ganar, sino lo tentaba con algo jugoso, seguramente Félix iba a terminar siendo un cadáver en el canal Norte. Quizás no sabía Félix que era fácil acceder a esta clase de personas, pero muy difícil desvincularse.

Cerca de las cinco de la mañana, Félix se fue a buscar un pequeño bolso que había enterrado cerca del Rosedal, en el parque 9 de Julio. Las cámaras de seguridad en ese sector estaban rotas, las prostitutas y travestis se ocuparon de evitar que filmen mientras realizan su trabajo. Se sentó unos minutos en el banquito de cemento y esperó que nadie lo observara. Caminó unos pasos y desenterró la guita y también sacó el revólver. Antes del amanecer Félix regresó al pasillo. Solo lo esperaba uno, seguía tomando. Antes de entrar al pasillo vio una moto. Lo dejaron al pendejo de quince. Cuando encontró a Félix, le dijo:

—Quedate ahí...

Tiró el vaso y fue directo a la moto.

—Vamos, subí...

Hicieron unos metros por la vereda y entraron a otro pasillo. Estuvieron dando vueltas por unos largos minutos. Félix observó sorprendido las habitaciones, con puertas de chapas yapadas y ventanas cubiertas con pedazos de cartón; otras, sin embargo, estaban un poco mejor, tenían vidrios y

puertas bien firmes. También pudo observar que otras aberturas de esas avejentadas casillas solo estaban cubiertas por cortinas deshilachadas, de colores oscuros. Casi todas las casillas estaban iluminadas con luces tenues, un lugar lúgubre, muy parecido al infierno. Observó sombras que, como zombis, se desplazaban. Eran adolescentes que estaban bajo el efecto del paco. Una pareja tenía sexo sobre una manta en otro pasillo; ese no tenía salida, desembocaba en una enorme pared. Esquivaron a dos prostitutas que estaban sentadas sobre banquitos de madera; una de ellas sostenía una radio, un enganchado de cumbia hacía vibrar el pequeño parlante. La más alta tenía el pelo bien largo y de color rubio metálico, las raíces negras. La otra era robusta, los brazos fibrosos y las piernas eran de un jugador de fútbol, tenía el cabello por arriba de los hombros, parecía una mujer o un hombre disfrazado de unos cuarenta años. La más alta se corrió el vestido y le mostró las enormes tetas, el pendejo que conducía, casi se estampa con un viejo poste de madera por liberar una mano y hacerles unas señas a las chicas. En un muy oscuro tramo se les aparecieron unos enormes tipos para identificarlos. Luego Félix se enteró que esas personas eran mafiosos que trabajaban para el famoso Reyna. En el último control casi lo bajan a Félix, tuvo que mostrar otra vez el artículo periodístico; el pendejo de quince habló por el celular al gordo para poder seguir hasta la casa del Brujo, ahí estaban los otros dos y el mismísimo Reyna.

## **Bolilla II**

### **Una vuelta de tuerca**

Soy el escritor Félix Gallardo... Bueno, en realidad, *era* escritor. Ahora soy un delincuente, un prófugo; la Policía de Tucumán me busca por mi participación en el asesinato del Brujo, uno de los delincuentes más peligrosos de la provincia. A ese le robé 100.000 pesos para volver a España. Pero la verdad es que recuperé mi dinero. Él me obligó a escribirle un cuento para el "Concurso del Bicentenario" organizado por el municipio de San Miguel de Tucumán (concurso que esperaba ansioso, porque estaba convencido de que iba a ganarlo). Había trabajado sobre dos cuentos, cantidad que se podía enviar. Estaba muy ilusionado, porque el premio me regresaría a España, desde donde me vine ingenuamente creyendo que, después de veinte años, la Argentina había mejorado. El desgraciado extorsionó al jurado para que ese cuento ganara. Yo me quedé con la mitad, la otra parte se la llevó el que era su cómplice y después fue el mío: un pendejo universitario al que convencí rápidamente. Yo nunca quise ser partícipe de su muerte, pero cuando entrás en campos desconocidos, puede pasar cualquier cosa. El otro, mi cómplice, lo mató de una puñalada en el estómago. A partir de ese punto, todo cambió, mi plan se fue al carajo. Terminamos lanzando el cuerpo al dique "El Cadillal". Mi vida dio un giro, como en un cuento, para mantener la atención del lector, así, un giro inesperado. Si fuera un cuento, mi vida sería un *señor* cuento. Porque el profesor consigue el dinero para viajar, pero no puede porque lo sigue la Policía, ¿qué hace?, ¿cómo sigue su vida?, ¿dónde termina, hay otro giro en la historia? Claro que sí, varios giros. Mi novia me dejó, tuvimos una fuerte

discusión: no le entraba en la cabeza mi justificación de haber elegido este rumbo. Esa tarde volví a llamarla.

—Te lo imploro, amor, volvé. Te amo, te amo.

—No puedo verte con un arma, estás desquiciado. Yo también te amo, pero lo que hacés es una locura.

—Pero, mi amor, son cosas del destino. Yo nunca busqué esto. Algún Ser superior está jugando con mi destino, con mi vida.

—De qué pelotudeces me hablás, Félix. Ahora te convertiste en un hijo de puta que anda cagando a todo el mundo y me venís con «cosas del destino, Ser superior». Realmente te volviste loco. Este no es el Félix que yo amo.

—Sí, mi amor, soy yo, no he cambiado, no soy otro. En realidad, los otros hijos de puta fueron los que me cagaron la vida: el Brujo y todos esos delincuentes que se metieron en mi vida. Por favor, comprendé, esto lo hago por nosotros, seguramente va a ser por un tiempo, unos años, hasta que pueda quedar limpio. Aguantame.

—De qué tiempo me hablás, te cagaste en nuestra relación. ¿Vos seguís pensando con tanta liviandad que lo que hacés es bueno?, ¿ahora te creés que sos *Al Capone*?, pelotudo. Despertá, no sos un personaje de las novelas que escribiste. Esto de andar vendiendo merca y robando es real. Te van a matar. Vos no tenés idea dónde estás metido, date cuenta, te van a matar.

—No me tratés así, no me lo merezco. Nadie me va a matar, me necesitan, soy importante para ellos, juego un papel fundamental.

—Así no puedo seguir, estás enceguecido, decís cosas que no las entiendo, no puedo creer que salgan de tu boca. Voy a cortar.

—Pará, no cortés, no cortés. Escuchame.

— ¿Qué me querés prometer ahora? ¿Con qué cuento me vas a salir?

—Escuchame. Ahora no puedo salir de aquí, no me conviene porque tengo la protección de Reyna. La cana lo sabe, sabe que laburo para este, pero el día que despegue de Reyna me van a salir a buscar, me la tienen jurada. Te propongo que te vengas a vivir conmigo.

—Félix, estás delirando, vos pensás que estás trabajando en una empresa, estás metido en una red de corrupción. Aparte no me vengás a decir que es lo único que podés hacer para terminar con todo esto. Tenés otras salidas, miles de opciones para no seguir enredado en todo este kilombo. Entregarte, es una de ellas. Dejar que la justicia te condene.

—Claro, total vos no vas a ir en cana. Mi novia me quiere mandar a la cárcel, es lo último que podía escuchar de mi novia.

—No vas a estar muchos años, y de ahí vas a salir limpio y yo te voy a esperar, voy a estar con vos. Y no le vas a deber nada a nadie. Arrancamos de nuevo.

—Vos estás loca, no me voy a entregar. Andan miles de asesinos sueltos y querés que un boludo como yo se entregue. Mi novia me quiere encerrar, con esta te pasaste.

—Bueno, nos escapemos, vamos a algún pueblo de Córdoba hasta que todo se tranquilice, comencemos de nuevo. Ahí tengo amigos que viven en las sierras, nadie sabe de sus existencias. Viven en cabañas, trabajan la tierra, nadie sabe de ellos. Podemos ir para ahí.

—Me encantaría, mi amor, pero todavía no es el momento. Tengo que juntar más dinero, mucho más. No quiero terminar como un ciruja, no quiero, no me lo merezco.

—Lo que sucede es que no te la querés jugar, nunca te querés jugar por mí. Siempre estuve sujeta a tu mundo, a tus decisiones, a tu vida. Nunca pude vivir la mía. Todo, siempre, se hizo a tu modo. Ahora que te pido algo, no me das pelota. Sabés, hacé lo que quieras, pero esta vez ya no voy a estar a tu merced. Chau. No me hablés más.

—Pará, no cortés... ¿dónde te vas?, no te vayas.

#

Desde ese hecho no puedo salir del país, desde ese hecho sugerido por el destino o marcado por el destino —no sé cómo se diría con exactitud, me da igual—; el rumbo de mi historia, de mi cuento, dio otro giro. Ahora estoy viviendo solo en una casilla de madera en La Bombilla, un barrio consumido por la droga, la miseria y la delincuencia. ¿Cómo pude terminar aquí? Ellos conocen mi historia y me respetan. Qué carajo me importa el respeto de estos corruptos. Hace tiempo que no escribo y no tengo en mis planes hacerlo, mirá dónde terminé.

Me costó un tiempo, pero armé un equipo serio de trabajo. Lo que les digo no es una mera historia de ficción, es así, formé una banda delictiva, una más de las tantas que emergen en La Bombilla, así como surgen profesionales en la universidad; no fue difícil, la muerte del Brujo me abrió las puertas para que me acepten como a uno más, como a un delincuente más. Hablé con el gordo Reyna, porque él maneja todo, nada se escapa, ningún negocio se pone en marcha sino es por la decisión del gordo. Es una persona muy inteligente. Reyna me ofreció unas personas para que trabajen conmigo, me quedé con dos pendejos y su hermano. La ley «protege» al menor, pocas veces lo retienen en la comisaría, el Juzgado de Menores no les da pelota, o de última

lo internan en un Instituto a donde, seguramente, termina aprendiendo todas las mañas para delinquir, se convierte en un profesional del asunto. Los menores, en este rubro, son una pieza valiosa, un engranaje fundamental.

También empecé a vender droga, bueno, eso estaba dentro del combo. Dice Reyna que me garantiza protección. Me asegura que la cana no me joderá. «Profesor, (así me llama y así me conocen en La Bombilla, el Profesor), tenemos mejores armas que ellos, aquí nadie se anima a entrar». Quiero juntar mucho dinero para regresar a España en cuanto antes. Me parece mucha cordialidad la que me brinda el gordo, algo huele mal, pensará que soy un pelotudo, pero lo intuía, los hechos lo demuestran: primero me dejó vivir en la casilla del Brujo y a los pocos días me cambió a otra mucho más amplia, pude llevar algunas cosas, como el escritorio y algunos libros. Me puso al frente de una banda, me ofrece que elija el personal y encima me brinda el negocio de la droga. Bueno, ya le diré en algún momento que no soy ningún boludo. Ahora gracias a él estoy a salvo...

—Mire, profesor, lo vi muy bien manejando a los pendejos. Me enteré que los tiene cagando aceite —dijo el gordo Reyna, mientras reclinaba una silla y observaba atentamente el interior de la casilla—. Vamos a comenzar con mariguana —agregó.

—Sí, me parece bien —dije, mientras le servía vino en un vaso ordinario de vidrio.

El Gordo estaba en mi casa con otros tres. Reyna sostenía en su mano derecha el cigarrillo. La prolongada barba blanca le tapaba casi la mitad del rostro. Una cicatriz me causaba intriga. De unos ocho centímetros, se extendía

desde la oreja izquierda hasta la frente. El cuerpo de Reyna, desde la primera vez que lo vi, había transitado por un gran cambio: ya no pesaba doscientos kilos, ni tenía el cuerpo gelatinoso; recuerdo de esa vez que el hombre apenas podía desplazarse. Era cierto lo que me dijo uno de los pendejos, me contó que lo habían operado del estómago y que todas las mañanas salía a caminar. Hasta parecía más alto, ahora el cuerpo es robusto, pero todavía tiene una sobresaliente panza. Los brazos enormes y musculosos. Tatuados con imágenes paganas. Andaba de gorra y el pelo ondulado caía por debajo de los hombros, como un cantante de cumbia de los noventa. El gordo vino a mi casa, a mi pocilga, al contrario de como suele suceder en las películas, donde el empleado va temeroso a su mansión y el jefe le muestra todo su poderío: la cantidad del personal armado protegiendo al supremo, las mujeres semidesnudas que se pasean con una copa. No, no fue así nuestro encuentro, el gordo prefirió venir a mi casa. En la oscuridad, donde se realizan la mayoría de estos negocios turbios, por la noche. Como suele suceder por estos lugares, en este horario ya se empiezan a escuchar intermitentes disparos, no muy lejos de la casilla.

— ¿Qué tal el vino, don Reyna? —Le dije con firmeza mirándolo a los ojos, como demostrando hombría o algo así. Intentando fingir ser uno más de ellos. Me veía como ridículo, eran muy grotescos mis movimientos.

—Muy bueno, che. Muy bueno. De un solo sorbo terminó el vino y asentó el vaso sobre la mesa de una forma intimidatoria. Realmente me asusté, no sabía con qué me podía salir.

—Es un vino de la puta madre.

A los otros les ofrecí, pero Reyna con la mirada me lo prohibió.

—Profesor...profesor, si estos se chupan, quién nos cuida. Lo hacía más inteligente, más pícaro, profesor.

—Don Reyna, uno lo hace por respeto, son todos bienvenidos. Ahora, quién toma y quién no, lo decide usted.

Le serví nuevamente casi el vaso lleno y tomó otro sorbo y continuó hablando:

—Cuando estén de descanso que hagan lo que quieran, ahora estamos laburando —dijo firme el gordo. Inesperadamente sacó el revólver de la cintura, me apuntó unos segundos, ahí, en ese instante quedé al descubierto: fruncí el rostro y cerré los ojos, temblaba... luego desvió el arma para la puerta de la habitación y realizó varios tiros. Empezó a reírse.

—No se asuste, profesor, solo estoy probando el arma, es nueva. Funciona de diez.

Miré como quedó la puerta. Ahora se reían todos sus secuaces. Intenté demostrar que no estaba asustado, pero seguramente mi rostro denotaba lo contrario.

Tomé todo el vino que tenía en el vaso, pensando que quizás sería lo último que iba a realizar en esta patética vida, era como mi último deseo que se me concedía. Luego le serví un poco más a Reyna, implorando con ese gesto de total sumisión que no acabara con mi vida.

Esa noche descorché cuatro vinos más. Yo estaba ebrio, apenas podía levantarme para ir al baño, al contrario de Reyna, en ningún momento lo noté descarrilado, todo le resultaba gracioso, se reía a todo momento, noté su destreza cuando golpearon la puerta y en un instante agarró el arma que la había dejado sobre la mesa, se levantó y corrió hasta la única columna de

cemento que estaba a unos metros... eran unos pendejos que estaban *merqueados* y no sabían que estaba Reyna, pero tuvieron la desdicha de molestarlo. Uno abrió la puerta apuntando con la escopeta, cuando los pendejos se dieron cuenta que estaban en el lugar equivocado intentaron escapar. Casi diez minutos los tuvieron golpeando, mientras Reyna decía:

—Cuando Reyna está en asuntos importantes nadie viene a romper las bolas, ¿está clarito?

Los pendejos no podían ni emitir otro sonido que no sean quejidos.

—Vos —señaló a un flaco que miraba cómo los otros lo pateaban— dejá de estar al pedo y llévate estos a la esquina.

Yo pensaba: “no voy terminar vivo de este lío en que me metí, tenía razón mi ex”.

Reyna regresó a la silla, todo volvió a la normalidad. Me criticó porque no tenía música y desde su celular puso Guaracha.

Cerca de las tres de la madrugada “la bola” apareció en mi pecho, con mucho dolor. Decidí llamarla así, decidí arbitrariamente (tal vez ordinariamente) dejar sentada mi molestia con esa palabra poco estética y bien vulgar. Una palabra que no queda muy bien en un cuento de un escritor profesional: «la bola»; pero ahora no me importa ni la estética, ni nada que tenga que ver con un buen escritor. Ahora solo quiero describir con esa simple palabra lo que me está lastimando, lo que realmente siento. Esa bola que se anunció el día que atravesé el océano para pisar otra vez la Argentina. Esa maldita bola me hace doler, me encorva, me limita. Es como un tumor que late con furia dentro de mi estómago. Ahora mis pensamientos empiezan a juzgarme: ¿Qué hacés con este borracho miserable y corrupto?, ¿qué dirían los otros, los intelectuales, si

te ven así? Caíste muy bajo. Me agarro la cabeza, me disculpo con Reyna y me voy a la habitación, lo dejo solo. El gordo les dice a los otros que soy de otro palo, que soy un blandito, que no me la banco. Se levanta, toma el último trago y se va.

Quiero levantarme para vomitar, pero la bola late, me retuerzo; mis pensamientos se convirtieron en demonios, ya ni siquiera tengo la voluntad para contradecirlos. Intento dormir y la bola me presiona el pecho, late más que el corazón, más rápido, me lo hace saber. Por fin, cerca de las cinco de la madrugada, concilio el sueño.

Finalmente abandoné las buenas costumbres... el intelectual de charlas de café, el que se pasaba días enteros escribiendo, leyendo, analizando frase por frase un cuento. Preparando mis trabajos para participar de los concursos literarios, concurriendo a las jornadas, encuentros de escritores; abandoné las buenas costumbres, mis buenas costumbres. Dejé colgados a mis alumnos del taller literario, dejé una vida y encaré otra. Ahora pienso en otra cosa. Ya no soy el hombre recto de una moral inquebrantable, ese quedó en los pasillos de la facultad de Filosofía y Letras; quedó en las reuniones de izquierda, con fogones, vinos y algunos porros de por medio. Con mis compañeros nos pasábamos toda la noche debatiendo y maldiciendo a los funcionarios corruptos, al sistema capitalista, culpables de todos los males, creíamos. Deliraba, como todo joven universitario, con proyectos utópicos para un mundo mejor. Parafraseaba al *Che* y a *Fidel*, que eran mis ídolos, dignos de seguir; también inocentemente creía en eso. Quedaron muy atrás esas chiquilinas. Ahora vivo calzado y cuando no salen los pendejos a meter caño, lo hago yo.

El otro día arranqué en ayunas. Me fumé tres porros. Uno detrás de otro. Me había levantado totalmente desquiciado. Mis pensamientos contradictorios y mi deseo de terminar con todo esto me estaban enloqueciendo. Decidí salir solo (decisión terminantemente prohibida en el protocolo de cómo salir a afanar, que yo mismo escribí). Me puse el pasamontañas, el arma cargada en la cintura y me olvidé de cambiarle el color a la moto con el vinilo de color rojo (primera cagada). No sé en qué pensaba. En realidad, cavilaba tantas cosas multiplicado por el efecto de la droga. Rompí todos los protocolos previos a un robo. Cometí uno de los más grandes errores que un delincuente puede realizar: robar cerca del escondrijo, a solo cinco cuadras. Ojo, por más drogado que esté, a mis vecinos no, nunca. Ellos directa o indirectamente me protegen (sino hace un tiempo ya hubiera estado guardado). Pasé el semáforo en rojo y me detuve en la parada de colectivo de la calle Alberti y avenida Belgrano, me bajé, dejé encendida la moto, mostré el arma (como no entendieron el mensaje), la saqué y le apunté. Había dos mujeres de cuarenta años más o menos. Me entregaron la cartera y también el celular, que a veces es lo más valioso que tienen. La escena la construí con simples y claros movimientos. No dije una palabra. Pero fui sorprendido por la más alta y robusta. Ella también, sin mediar palabras, me lanzó una patada a la mano que sostenía el arma (creo que notó mi paupérrimo estado y la morocha se la jugó, es obvio que practicaba Karate o algo parecido, porque la patada fue de una ligereza y precisión extraordinaria). El arma cayó a varios metros. La mujer se cuadró y me lanzó una trompada, la otra mujer aprovechó la riña para salir disparando. El puño impactó en mi pecho y me hizo retroceder unos pasos. Pensé: «a ésta la hago mierda». Llevé mi mano en busca del cuchillo que debería tener en la

funda, amarrada a mi espalda, pero no, ese fue el tercer error: olvidarme la punta. Decidí ir en busca del arma, la morocha aprovechó para huir, se dio cuenta de la equivocación que cometió: desafiar a un delincuente sin escrúpulos y bajo los efectos de la droga. Cada segundo que pasaba estaba más sacado. Tomé el arma y disparé. Otro error más: alertar a todos de mi presencia. Le apunté a la morocha, por suerte no alcancé el blanco. Guardé el arma, me subí a la enduro y me puse en marcha. Me olvidé las carteras, lo noté en la esquina, regresé, subí la vereda y escuché la sirena de la Policía muy cerca, recogí el botín. Ni la karateca ni la otra mujer estaban, se habían esfumado. En cinco minutos llegué a casa. Dejé la moto en el fondo, saqué las dos ruedas y las escondí. Prendí otro porro. Puse las carteras sobre la mesa y las abrí: nada de valor. Pinturas, espejito, tijera, toallitas con ala, una agenda, varias lapiceras, un manojito de llaves, una crema para las manos y otra para el cutis. Lo curioso fue que en la cartera de la karateca había un regalo, era un paquete forrado prolijamente con un moño azul, me causó intriga, lo abrí rápidamente, había un perfume caro. Acompañaba al perfume un sobre que contenía un anillo de plata y una carta. Leí. La karateca tenía un amante.

Una de las billeteras tenía trescientos pesos y la otra, ochenta y cinco pesos, una desgracia después de haber tomado tanto riesgo para nada. Hice un reverendo lío por solo casi cuatrocientos pesos.

La Policía pasó más tarde por la puerta de mi casa. Los vecinos mudos.

#

Tengo un equipo reducido pero eficiente de trabajo. El hermano del gordo Reyna es el chofer. Maneja un taxi trucho y antes de hacer un laburito le cambiamos el color del auto con el vinilo. Esa fue una idea mía que logramos llevar a cabo y funcionó bastante bien. Los mandé a los pendejos a realizar un curso de tres meses sobre el uso del vinilo en los vehículos. Luego, ellos nos enseñaron al hermano del gordo y a mí. Al principio demorábamos bastante con la colocación, casi cuatro horas. Luego, con una intensa práctica, reducimos el tiempo a treinta minutos. Y a partir de lograr ese objetivo nos centramos en la prolijidad. El hermano del gordo Reyna no sabe hacer otra cosa: labura de tachero y levanta datos para salideras bancarias, viejos que viven solos. Marca movimientos de la *cana*, busca el talón de Aquiles del sistema de seguridad; parece, pero no es ningún boludo. Descubrió que a las siete de la mañana hacen cambio de guardia en el 911, y por más de una hora la capital queda sin móviles, porque están en las estaciones de servicio. Por una hora nos queda el campo libre. Pero tampoco abusamos de esa falla policial; una vez al mes, solo una vez al mes, entre las siete y siete y media de la mañana, dejamos a decenas de mujeres sin carteras a lo largo de las avenidas. El hermano del gordo Reyna es obediente y responsable.

Mis tres novelas premiadas no me dieron lo que pensaba. He dedicado gran parte de mi tiempo para escribirlas. Las grandes editoriales ni se ocuparon de ofrecerme un contrato. Debo confesar que nunca me acerqué a ninguna, pensaba que era la obligación de ellas buscar a los escritores premiados y

publicarles sus obras. Los medios locales, rara vez, me hicieron una entrevista, fueron programas de radio de medio pelo, por lo general, con horarios de un domingo a la siesta. Parece que la cultura funciona de otra manera en este país, o no es considerada tan importante. Decidí publicar las tres novelas, me convertí en un editor. Vendí algunos ejemplares en casa, les ofrecía a mis alumnos, porque las librerías me exigían un alto porcentaje.

Gané varios concursos literarios, ellos eran mi sustento económico, pero no me alcanzaba para grandes cosas: apenas pagar la luz, el teléfono, internet y una dieta basada en muchos hidratos de carbono. Trabajaba para ser un profesional de la escritura, dedicándome nueve horas por día.

Finalmente desistí de ser escritor, ahora mi cabeza está en otra cosa... A los intelectuales en la Argentina no los tienen fichados, por lo menos a mí nunca me dieron pelota.

Me puse una noche a ver tele, cosa que no hacía cuando era un intelectual. Los pendejos me la regalaron, era una tele vieja, querían a toda costa que mire televisión, no les entraba en la cabeza que durante veinticinco años haya decidido alejarme de ese aparato. No tenía cable y solo se podía ver un solo canal: el ocho. Esa maldita noche cometí el gran error de obedecerles a mis empleados y encendí la TV. Después de veinticinco años volví a ver a *Susana Giménez*, no había muchos cambios en su programa: sus *susanos* atrás de ella demostrando en sus rostros una sonrisa de blancos dientes y cuerpos amanerados, en tanto que la diva hacía una llamada telefónica. Claro que no eran los *susanos* de hace veinticinco años atrás. Se levantó y dejó su escritorio para presentar al invitado de lujo; ahí, en el living la esperaba un gordo con una cara de reo (fue mi primera percepción) era un tal Peto, y no me

había equivocado, mis ojos de escritor observador lo sacaron. Un ex reo que ahora, de la noche a la mañana, es un cantante famoso. «¡Qué hijo de puta!», grité enfurecido. Ya no me ocasionaba gracia lo que estaba mirando, porque yo me consagré en Europa por obtener el primer premio en novela y ni siquiera me contactaron para entrevistarme, aunque fuera una efímera entrevista telefónica. Nada. Yo era el que tenía que ocupar ese lugar, yo tenía que ser el entrevistado de lujo esa noche, «el escritor consagrado que triunfa en Europa, el que dedicó su vida al estudio» ... y esta vieja de mierda lo invita a ese gordo puto. Apagué la tele y retomé a Piazzola, no tenía por qué haberlo dejado.

Abro un vino, lo dejo sobre la mesa. Me decido por fumar un porro, me pega más. Siento la bola en el pecho, me oprime, me ahoga la injusticia. Ahora me hace doler, cuando reniego, ella también me lo hace saber. Siento que late, hago una profunda pitada a ver si la calmo, como quiero calmar mis pensamientos de perdedor. Me da pena ver la copa sin el vino. La extraño. Me sirvo, muevo la copa, acerco mi nariz, pero es inútil, no huele a pimienta negra, trufas y calahorra, a nada. Lo pruebo, pero antes leo de nuevo la etiqueta, dice: «Presenta notas de pimienta asado y un fondo de mermelada de frutas». Bueno, nada de eso, otro verso más de los argentinos, para mí entender presenta un olor a vino, digo yo. De un solo sorbo vació la copa; la bola late más, furiosa, más furiosa que yo. Suena el celular, es uno de los pendejos, me dice que se le quedó el *Uno* cerca de la casa que iba a reventar.

—Pero sos pelotudo, pendejo de mierda, ¿le revisaste el agua?, te dije, ese auto pierde agua. Venite, además ¿quién carajo te dijo que vayas solo a reventar una casa? ¿Por qué andas solo?

—Jefe, *usté*, no se acuerda, *usté* me dio la *dirección*. Me dijo que vaya solo porque no iba a haber nadie en la casa. Me dijo también que solo traiga las joyas, nada más, que las iba a encontrar en la pieza grande, en el mueble rosa.

—Escuchame, pendejo. *Dirección* se dice, *dirección* y no se dice *usté*, es *usted*, con «D» al final; no, no te vengas, ya le digo al hermano de Reyna que te vaya a auxiliar. Pero todavía no entraste, ¿verdad?

—No, profesor, quedé varado dos cuadras antes de la casa.

—Encima ese auto está cargado de armas en el baúl, te llega a agarrar la cana, no salís más.

—No, jefe, *usté* me dijo que las sacara.

—No sé, mirá, al final te dije un montón de cosas y yo no me acuerdo. Bueno, esperálo al otro.

La noche arrancó mal, muy mal, tengo que bajar las tensiones, agarro el celular, busco el contacto. «Carla, ¿estás?, venite ahora, te pago por la noche». La bola me presiona el pecho, me hace saber que no está nada bien. Carla me conoce de hace un tiempo. Vive cerca de casa con su madre. El padre está en cana hace quince años, ella y la madre son prostitutas. Carla tiene diecinueve años, desde los quince que su madre la hace laburar. Le prepuse en varias ocasiones que se quede a trabajar en mi casa: que me cocine, que se ocupe de la ropa, de las compras, es una linda chica. Pero me contestó que no quiere terminar presa como su padre, no se quiere meter con los delincuentes. Ese día le pagué por diez, es la cantidad de visitas que tiene promedio por noche.

Después de la noche con Carla amanecí más optimista, me puse a pensar que no me va tan mal, creo que debo agradecerle al Brujo este giro que dio mi vida. Esta noche parto a Las Termas de Joda. La delincuencia es un oficio muy rentable, no trabajo ni siquiera las nueve horas, como lo hacía cuando era escritor. Vivo en una casilla pequeña por razones laborales, pero tengo el dinero suficiente para vivir en un Country. Por lo menos una noche por semana me voy de putas a Termas de Río Hondo. La cana tiene muchos problemas más importantes que buscarme. En definitiva, le saqué un clavo, le hice un favor a la justicia, le maté al delincuente más peligroso. Ellos ahora están ocupados, intentando resolver la muerte del cura de La Florida que bastante ruido causó en el pueblo. A diferencia de mi caso, éste tomó una dimensión pública y los medios nacionales vinieron a cubrir la noticia que generaba conmoción. Aparte, el cura no se llevaba con los narcos del pueblo, menos con los políticos que hacían la vista gorda. Vecinos ponían en duda de que él haya terminado con su vida. Aunque también al cura se le descubrió que tenía varias novias y se decía que una estaba esperando un hijo del cura del pueblo.

#

Aquí, en la casilla, lugar donde genero todos mis negocios, he encontrado cómo defenderme de mis maquiavélicos pensamientos o eso intento, a veces lo consigo. Ellos son insistentes, buscan continuamente frustrarme. ¿Qué carajo hacés aquí? ¿Cómo pudiste caer tan bajo? ¿Qué haces con un arma? Dejaste de escribir, de leer. Así amanezco, con mis

pensamientos incontrolables retumbando en la cabeza. La cabeza que recibe uno y otro golpe; cada pregunta es un *uppercut*, cada afirmación, un gancho. Quiere noquearme, que salga del ring, que tire la toalla, que renuncie a todo, porque lo que tengo no es nada de lo que siempre quise tener. Quizás mis pensamientos tengan razón, pero esta vez voy a seguir hasta el final de la pelea, es hora de terminar por una vez lo que inicié.

En esta casilla me siento seguro (mentira), aplaco mis pensamientos (mentira). Me drogo, consumo y la bola aparece. Late, me hace doler el pecho, no puedo respirar, me dobla, me encoje. Pero yo repito, aquí estoy bien, este es mi lugar, la bola no me cree (yo tampoco me creo). Aspiro un poco de cocaína a las diez de la mañana. Aquí estoy bien, repito; le digo a mis pensamientos. Ya tengo plata y reputación, todos los mafiosos me conocen, no son los intelectuales a los que siempre quise deslumbrar, pero ellos me conocen y respetan. No me contradigo, porque yo digo una cosa, y mis pensamientos otras. Yo soy optimista y estoy feliz de lo que hago ahora (mentira), lo que decretan mis pensamientos es exclusivo problema de ellos (mentira). Yo me acostumbré a esta vida (mentira).

Posiblemente, lo confieso, me resultó de gran ayuda haber leído los Cuentos Policiales de Raymond Chandler, Dashiell Hammett, Agatha Christie, de Jorge Luís Borges y de Bioy Casares, me dieron herramientas precisas para moverme con inteligencia en este rubro. Subo el volumen, lo escucho a Piazzola, así me ayuda a evadir mis pensamientos. Preparo los mates y le envío un mensaje al hermano del gordo Reyna, le digo que traiga yerba compuesta, después le digo que deje, que ya salgo yo. Hace tiempo que dejé de usar la bicicleta de carrera. Era otro de mis sueños: ganar el *tour* de Francia.

Recorrer esas calles a toda velocidad. Este año estuve viendo que arranca en la ciudad alemana de *Dusseldorf* y finaliza en los *Campos Elíseos* de París. Cuando vivía en España ya había participado de unos torneos de menor importancia y había logrado el podio. Tenía cualidades, ahora no sé. Con la droga y el alcohol que consumo a diario y la mala alimentación, no me parezco en nada a ese joven deportista. Me voy en la bici a comprar yerba. No hace falta tanta preparación física para ir hasta el almacén que está a doscientos metros de casa. Pero en ese corto recorrido me imagino ser unos de los competidores del Tour... minutos antes desempolvé la ropa que tenía guardada en la caja debajo de la cama: Culotte, Maillot, los guantes, las zapatillas, el chaleco, el casco y el chubasquero; me vestí, todo se había achicado...algunos, los que siempre se amanecen en las veredas chupando, me señalaban y decían: «ahí va El Profesor loco, otra vez se disfrazó», «aflojá con la merca, profesor».

Hoy me desperté con resaca, anoche en el casino de Las Termas gané mucho dinero y los invité a mis tres empleados a reventar la noche. Con ellos tengo una muy buena relación, los rescaté de la peor mierda. Están eternamente agradecidos, me consideran su Salvador. A ellos ahora los considero familia. Uno tiene quince años, el otro diecisiete y el hermano del gordo Reyna, 45. Los días de descanso (tres a la semana) les enseñé a escribir, no sabían poner ni siquiera sus nombres, (pero de dinero saben mucho, con los números vuelan). Y se entusiasman (actitud que me asombra en demasía) cuando saco un libro de un enorme baúl, —una de las pocas cosas que traje de mi casa— donde tengo casi doscientos. Me acomodo en mi

vieja silla de escritor (que ahora también la uso para armar los porros) y les leo cuentos policiales, fantásticos o de terror. «En las clases no se fuma, no se toma, no se jode», siempre les repito. El pendejo de diecisiete me pidió que le preste un libro para practicar en casa, otra actitud que me sorprendió.

—Profe, a mí me gustan las historias de aventuras, como la de Peter Pan.

—Todavía no aprendiste a leer, pero te puedo entregar este libro con ilustraciones. Es un cuento muy breve. Vas a copiarlo entero y también intentá dibujar a los personajes, ¿entendés?

—Sí, la última vez que llevé el libro a casa, cuando vivía con mi vieja, se me cagaron de risa mis hermanos, y mi vieja, ni te cuento.

—No les des pelota.

Transcurrieron unos largos segundos de silencio, ya se respiraba un ambiente espeso, el pendejo estaba nervioso, intuí que algo se traía entre manos. Finalmente habló:

— ¿Sabe que yo maté a dos guachos? - me dijo mirando hacia abajo, hojeaba el libro.

—No - contesté sorprendido. Prendí un pucho (ya había terminado la clase), y le ofrecí uno. Me levanté en busca de unas cervezas, y seguimos conversando.

—Cuando tenía doce. Se lo tenía merecido. Ese hijo de puta salía con mi mamá, se vivía drogando. Una tarde yo volví a casa y la tenía a mi hermana en el sillón, se la estaba cogiendo. No dudé ni un segundo, le metí el cuchillo en la espalda. Mi hermana en vez de agradecerme me insultó de arriba abajo,

luego, profesor, entendí todo. Estuve cinco años guardado en una especie de cárcel para menores, no sé si lo conoce: el Roca.

Asentí con la cabeza, tomé un sorbo y encendí otro cigarrillo, le pregunté:

— ¿Y el otro? —Ahora me paré para acomodar unos libros en el baúl.

—Me quisieron hacer el culo cuando estaba en el Roca. Le decían Chapulín, era más grande y más fuerte, andaba siempre con otros guachines. Me encerraron en el baño, yo siempre andaba con una punta. Ese chapulín era un puto de mierda, agarraba a los pendejos y se los cogía, quería hacer lo mismo conmigo, pero no le nada bien, le metí un puntazo en la cabeza a ese guachin hijo de puta... Ya estoy perdido, profesor. Tengo que esperar nomás el momento para que se la cobren. Todos los familiares del Chapulín son delincuentes como nosotros. Cuando me escapé del Roca me tuve que ir a Santiago a la casa de una tía, en el campo. Ya me la habían jurado los hermanos del Chapulín que me iban a bajar. Deben creer que todavía sigo en Santiago. A veces voy a mi casa a dejarle plata a mi vieja, paso un rato. Algunas veces me quedo a comer, pero mi vieja me corre, tiene miedo que me hagan aca. Me contó la otra vez que hicieron unos tiros y gritaron mi nombre los hermanos del Chapulín. Por eso ahora vivo solo, la única que me da una vuelta es mi vieja, me va a pedir guita, me putea por lo que le hice a su macho. Dice que a veces no tiene para comer porque ya no tiene marido por mi culpa. Mi hermana también me visita para pedirme mi bulín, otra que sigue cogiendo con cualquiera, pero ahora cobra.

Me quedé en silencio. Qué podía decirle. Nada. En realidad, tenía ganas de afirmarle que los dos estábamos perdidos, que sólo un milagro podía

cambiar nuestras vidas. Tenía ganas de decirle que fuimos consecuencia del destino, de un destino perverso, un destino que jugó con nuestras vidas. Estuvimos en el lugar y momento equivocado. Nos pusieron en una situación y no nos dejaron ninguna salida, más que la de actuar de una forma irracional. Lo hicimos en defensa, porque el Brujo me iba a matar si yo no hacía algo. El chapulín se lo iba a coger sino se defendía el pendejo. Eso quería decirle, yo también necesitaba alguien que me escuche, que por un momento me alivie el dolor, la tristeza que llevo en andas. Yo también tenía tantas ganas de hablar como él, pero no lo hice, era mi deber escucharlo, acercarme, brindarle lo único puro que aún conservaba: mi amistad. Quizás era el punto de partida para empezar a construirla, porque él eligió descargarse conmigo, quizás en otro momento sería yo el que tenga que desahogar mi desgracia causada por el destino.

Hoy me levantó el celular, encima tiene una música de mierda, ya les voy a decir a los changos a ver si la saben cambiar. Me habló un informante y me pasó el dato de que un cana de la Brigada de Investigaciones tomó mi caso y anda preguntando a los vecinos. No sabe que, si quiero, lo hago boleta a ese pelotudo (a quién voy hacer boleta, me la quiero tirar de delincuente y no me sale). Le voy a mandar al hermano del gordo Reyna a su casa para que le haga unos tiros. Cuando le tocás la familia a los policías, se cagan; claro, su miserable sueldo no vale tanto riesgo. La vida de los otros no me importa, si me joden los hago boleta, encima gano más prestigio en mi barrio, que no es poca cosa. Tengo un juez que me apoya, me sale un poco caro, pero vale la pena.

Nunca maté a nadie, bueno, solo al Brujo, pero ese no era nadie; matar un policía es otra cosa, espero que nunca pase esa raya.

A mi novia no la vi más, después de lo que hice con el Brujo se las tomó. Me enteré que se fue a vivir a las sierras de Córdoba. Mandé a unos de mis empleados para ubicarla. Por suerte ella está bien. Se dedica a hacer velas y sahumerios, también vende lámparas de sal, libros de meditación y enseña pintura. Vende sus cuadros a muy bajo precio. Ella es la única que me estimula a escribir. Todas las semanas le escribo una carta. Le cuento que la extraño, que la amo. Que la necesito. Le cuento cómo serán nuestros días cuando nos escapemos juntos a España. Le miento, le digo que me dedico a otra cosa, a dar clases en las villas miseria, que trabajo en una fundación, estoy seguro que no me cree, pero lo intento. Ella nunca contesta mis cartas. Hay veces que la extraño demasiado. Terminó de escribir la carta y mi bola empieza a latir, pongo la mano en el pecho para calmarla, y la siento, ahí está. Creo que es algo psicossomático, no sé, pero me duele. Cuando pienso en ella, la bola aparece con sus latidos, me presiona el pecho, apenas si puedo respirar. Ella no sabe que escribirle es muy jodido, es muy doloroso; tampoco sabe que tengo esta bola que no sé lo que es, y nunca lo sabré, porque no voy a ir al médico.

Ella es una talentosa pintora, pero al igual que a los escritores, en este país le dan poca importancia. Cuando junte el dinero que tengo pensado voy a viajar a las sierras. Ya sé que pasaron largos meses, puede ser que haya conocido a otro, pero poco me importa. Ella me amaba y eso no se olvida fácilmente. Aún conservo el anillo de compromiso, espero que ella también.

Una vez al mes envío a uno de los pendejos a vigilarla, le compra una de sus pinturas. No me convertí en un psicópata. La cuido, la protejo de cualquiera que pretenda dañarla, aparte tengo la necesidad de saber qué hace, cuál es su rutina, cuáles son sus amistades, esa información es indispensable para poder protegerla. Aunque ella no lo recuerde, yo le juré protección. Es lo único por lo que respiro. Me acabo de dar cuenta que estoy pensando y hablando como un mafioso: «Yo le juré protección».

Ya le compré cuatro obras exquisitas. Sus pinturas me relajan, cuando las contemplo, el dolor en mi estómago sede. Hay una que sobresale de las otras, es un paisaje, creo saber de dónde. Puedo asegurar que cuando la pintó rememoró el día en que nos comprometimos en *El Infiernillo*. Bajamos del auto para estirar las piernas, porque todavía quedaba bastante para llegar a Amaicha. Casi como hipnotizados por el lugar, nos sentamos al borde del abismo a contemplar el paisaje, el silencio. Creí que era el momento adecuado para entregarle el anillo. Esa tarde me besó diferente... ahora la bola dejó de latir, mi estómago encontró la paz, al menos por un momento.

Le escribí dos páginas, con la ilusión de que me conteste, aunque sea me conformo que me responda con una frase corta: no me escribas más, o no sé, que escriba lo que quiera. Quiero abrir su carta, ver su letra, quiero algo de ella, que me lo haya hecho exclusivamente para mí. Me la imagino escribiendo: *«Félix, antes que nada, quiero decirte que aún te amo. La distancia me enseñó a valorar tu presencia. Te amo y te extraño mucho, te necesito, quiero verte, ya no aguanto un segundo estar sin vos. Venite, ya olvidé lo que pasó. A mí nunca me hiciste daño, lo que te ocurrió, fue una desgracia, recién ahora lo entiendo.*

*Perdoname por mi egoísmo, fui muy tonta de alejarme de mi amor. Venite. Te espero. Te amo. Te necesito. PD: Te pinté un cuadro».*

Doblo las dos hojas y la introduzco en el sobre, antes de cerrarlo, saco del bolsillo cien dólares y lo escondo entre las dos hojas. Ahora sí lo cierro.

Al hermano del gordo Reyna lo noto raro, distanciado. Hace una semana que casi no me dirige la palabra. Yo lo considero mi mano derecha. Le confío mis secretos, y mis planes. Sabe de los movimientos que daremos en la calle. Sabe que el próximo viernes los pendejos van a reventar un caserón en Yerba Buena y también le confesé que me voy a las Termas de Río Hondo. Ayer le hice un chiste cuando volvíamos a casa y ni siquiera se rió. Creo que está enojado, será por alguna boludez... Lo vi hablando por celular y cuando me vio, cortó; le pregunté con quién hablaba y me dijo que no era nada importante. Ya estoy un poco preocupado por esta situación. Les dije a uno de los pendejos que lo siguiera porque en este rubro las traiciones son moneda corriente.

Hace unos minutos me llamó un dirigente de un club muy importante de fútbol. Charlamos un buen rato. Me dio el contacto del Mono, jefe de la barra brava. Parece que quiere una buena cantidad de merca para vender en la previa de los partidos. Me sorprende cómo me habla gente importante, antes, cuando era escritor, nadie me contactaba.

Hoy domingo lo invité a comer un asado a uno de los pendejos, para ver si tenía alguna información de lo que le había encomendado. Compré unas costillas, unos cuantos chorizos, dos mollejas y cerca de las dos de la tarde nos sentamos a comer en la mesita redonda que está en el centro del jardín, en el fondo. Como la miserable casilla vino sin asador, compré uno. Es un tacho de doscientos litros, que lo cortan por la mitad y le insertan una parrilla, le sueldan

dos manijas y también le agregan en la superficie de la base ladrillos refractarios. Yo le realicé unas mínimas modificaciones: a las cuatro patas de metal le agregué unas ruedas y lo pinté de negro.

Los que vienen a comprar droga saben que cuando dejo una cinta roja colgada en el picaporte de la puerta, no se atiende.

El sol se filtra amigable por la copa del único árbol que tengo en el fondo, un sauce; por suerte el fondo es grande, está cercado por medianeras de ladrillo y una puerta al final, está oculta por unos arbustos y es la puerta de escape. El pendejo trajo unos vinos. Me tiene bien atendido, el asador goza de esos privilegios. Me prepara y me alcanza el vino, me pregunta si le hace falta hielo. El ambiente que se dispone en el momento de asar la carne, son momentos mínimos de felicidad. Es un ritual que obedece a cientos de años. Desde que se abre la bolsa de carbón y se utiliza diferentes formas de accionar el fuego, hasta el limpiado de la parrilla (algunos lo hacen con diarios viejos y otros con grasa); las diferentes técnicas que se usan para asar la carne, algunos la tapan con diario y controlan unos veinte minutos de cada lado. Otros utilizan la técnica del fuego fuerte y cada cinco minutos dan vuelta la carne. En mi caso dejo un fuego apacible, para controlar que esté listo procedo a poner mi mano diez segundos por arriba de la parrilla, es el indicativo justo que me avisa que debo poner la carne a fuego lento, motivo para tomar varias copas antes y hacer un picado de mortadela y queso. A los embutidos, es con fuego más fuerte. Hago un sorbo y me siento frente a la mesita. El pendejo casi se comió toda la mortadela. Lo observo, señalo el fiambre y le digo:

—Estás con hambre, chango. Dejé algo para el asao, mirá que hay un montón de carne.

—Está riquísima la mortadela, profesor. —quiere levantar otra feta y no lo dejo:

—En serio, compadre, dejáme algo. — corto una rodaja de pan doblo en cuatro una feta de mortadela y otra de queso y pruebo.

El pendejo me mira y me dice:

—Profesor, el hermano del gordo Reyna no tiene nada contra usted. Creo que no lo quiere cagar...es buen chango. — Levanta la copa de vino y toma un trago.

Hablo mientras mastico:

—Seguro, chango...Vos tenés que estar *atenti* a todo lo que hacen los otros, mirá que si pasa algo quedamos pegados los dos.

—Sí, ya sé, por eso estuve averiguando y está todo bien.

Me contó que el hermano del gordo Reyna no anda en nada raro, que no me preocupe. Eso me dejó tranquilo. Ahora estoy pensando en darles un aumento si concreto el negocio con el Mono. Logré la confianza necesaria de mis empleados, eso no pasa en todas las empresas.

Hoy es otro día de mierda. Lunes, maldito lunes. La bola me presiona demasiado, me hace retorcer, amanecí con ganas de dejarlo todo... pienso en matarme, me podría ahorcar y de una vez terminar con esta locura, con esta película policial, abandonar el género negro. A veces imagino las distintas formas de quitarme la vida, la más rápida y menos dolorosa. Hoy volví a amanecer mal. Abrí los ojos y lo primero que observé fue el paupérrimo estado

del techo: la chapa rugosa atestada con telas de arañas, en uno de los ángulos, una negra y perversa araña enrolla una mosca con su fina y mortal tela. Casi toda la chapa está herrumbrosa a punto de resquebrajarse; la lamparita que cuelga del techo de un fino cable atenta contra mi vista, está encendida; luego miro las paredes de la habitación, de un viejo y abandonado machimbre que recrea en mi cerebro una imagen triste, desoladora. Me senté para calzarme las zapatillas porque llaman a la puerta, y el apoyar los pies en el contrapiso frío me causa una sensación de soledad y también un augurio de muerte. Un arma reposa en mi mesa de luz, es la mía, es mi arma, es mi tortura, es el símbolo de toda esta desgracia. Antes, ese lugar era ocupado por un libro, un amable recuerdo de una vida tranquila, sin ningún tipo de sobresaltos. En esta desolada habitación duermo, lejos de la comodidad y el calor de la mía, de mi única y verdadera habitación que tuve que dejar para no ser atrapado por la Policía. A veces intento pensar en positivo, pero hoy no, no puedo, es inútil; mis pensamientos no me dejan, ni siquiera unas milésimas de segundos puedo desear algo lindo. Pero tengo una última carta: cuando termine de armar el porro y me siente tranquilo en el fondo a fumarlo, seguramente voy a estar un poco más optimista, relajado, animado. La soledad me está jugando la peor de las partidas, siempre le tuve miedo... Ya son cerca de las diez y me quieren voltear la puerta. Corro la cortina y los veo a unos changuitos esperando por los porros. Estos también desayunan lo mismo que yo. Me recuerdan cuando era pibe, el entusiasmo les sale por los poros, lástima que es para drogarse, el mío era porque me buscaban para jugar al fútbol. Pero los tiempos han cambiado, quizás demasiado. Con la venta por menudeo se gana bastante. Me pregunto: ¿tengo un mínimo de remordimiento por

venderles a estas criaturas de doce años, por ser parte del eslabón de una enorme empresa que funciona aceitada en toda la provincia? Está muy bien organizada la venta y todo lo demás que hace a este rubro patético. La verdad que no tengo ningún remordimiento, porque yo estoy igual o peor que ellos. Por la ventana los atiende (pero me encantaría invitarlos así fumemos juntos y me hacen compañía) y le entrego su mercancía, le doy su alivio por un rato, le entrego su felicidad, frágil felicidad. Ellos están a tiro, ya lo tienen en la mano al encendedor, no aguantan ni un segundo más sin la droga. Son dos. Uno tiene el rostro lastimado, ese rostro huesudo ya no soporta más cicatrices. Al costado de la punta de la quijada le creció un bulto enorme, como un macizo tumor, quizás sea origen de una golpiza. Los dos son menudos, un perfil anoréxico, casi sin retorno a su peso normal. Con esos ojos achinados me observa acelerado, intenta evitar ese movimiento involuntario de la cabeza, pero el temblor lo doblega, ya es una especie de zombi. Supongo que también le entrará al paco, porque no puede estar en esas condiciones por fumar marihuana, o quizás sí, no lo sé. Quizás consume de muy pequeño. El otro es payo, tiene vitíligo y anda descalzo. Este no tiembla, pero le falta un brazo, el izquierdo. La remera de *Atlético Tucumán* le va grande, le cubre las rodillas. Sostiene una tortilla, la va comiendo de a poco, como si fuera su única comida que tendrá en todo el día. Se gastan toda la guita en la droga.

— ¿Qué te pasó, por qué te falta el brazo? —le pregunté, mientras le entregaba al otro los porros.

—Me lo cortaron con un machete, me agarraron choriando—me dijo.

Le respondí:

—No escarmentás, chango. Hasta que no te corten las bolas no vas a dejar de chorear—Ahora daba consejos, un vendedor de drogas y un jefe de una banda de choros, le daba consejos a una criatura.

Se empezaron a reír, el otro dijo:

—Pero si este putito no tiene bolas, es una nena—Insinúa agarrarle el pene y el otro le tira una patada. Por el brusco movimiento se le cae del pantalón un arma tumbera.

—Meta, meta, se van de aquí...a la mierda, vamos...no vengán a joder tan temprano.

En ese momento pasa una vecina con un carrito para hacer las compras, se detiene y me mira como reclamando lo que estaba haciendo, pero no le digo ni una palabra, en este barrio la mayoría de los que vivimos estamos sumergidos en la mierda. El hijo de esta vieja está preso y su esposo murió en un tiroteo con la policía, lo agarraron *infraganti* cuando intentaba entrar a robar con su hijo en un country en Yerba Buena. Estaba a punto de vociferarle, por suerte todavía no estoy bajo ningún efecto; la dejé seguir, mientras ella movía los labios, quien sabe lo que cuchicheaba, pero puedo imaginármelo. Cerré la ventana y cuando me dispuse a sentarme en el fondo para fumar tranquilo, empezó a llamar el móvil, era uno de los pendejos, al que le quisieron hacer el culo en el Roca. No lo atendí. Además, este tenía que estar aquí a las nueve para abrir el negocio, tuve que dar la cara hace un rato, seguramente me habla para disculparse. Insiste, el celular tiembla arriba de la mesa, lo miro y no hago nada, sigo fumando. Me dirijo al equipo de música y pongo a Piazzola, al máximo. Vuelvo, sigue temblando el celular, finalmente lo apago. Cierro los

ojos e intento recordar algo lindo. Estoy con ella en la cama, hicimos el amor, ella duerme y yo la acaricio, le sostengo el cabello negro y largo y lo huelo. Termina una canción y siento el golpeteo de la puerta, me enojo y grito;

— ¡No hay nadie dejen de hinchar las pelotas!

A toda hora y cada cinco minutos viene alguien a comprar, el otro hijo de puta no llega.

— ¡Vengan más tarde, ahora no hay nada!

Vuelve a sonar Piazzola. Intento nuevamente crear imágenes de mi pasado, de ese pasado que ya no volverá. Pero ahora me interrumpe el helicóptero de la Policía que está sobrevolando muy bajo por el barrio, escucho unos tiros. Me levanto, bajo el volumen, voy a buscar el arma en la habitación y lo llamo al gordo Reyna, a ver si sabe qué carajo pasa, lo tiene apagado. Por prevención, dejo la moto lista cerca de la puerta del fondo, tiene contacto directo a un pasillo que desemboca a un pasaje interno del barrio; preparo la mochila con lo indispensable, guardo la merca en un agujero que está debajo de una maceta. Vuelve el golpeteo en la puerta. Estoy perdido, es la cana, pienso. Pero me alivio cuando escucho:

—Profesor, abra, soy yo.

Al fin vino el pendejo, me llevé un gran susto, le abrí la puerta y me contó:

—Sabía, profesor que el hijo del finado Malmierca mató a una abogada para robarle el auto. Estaba con otro, a ese lo agarró la cana y empezó a cantar, y lo mandó al frente, por eso ese quilombo.

—Ah, yo pensaba que ya me había llegado la hora...Reyna tenía apagado el celular.

—Disculpe la hora, pero me resultó complicado llegar, la cana está por todos lados.

—Bueno, el hermano del gordo Reyna tiene que venir ahora, porque tenemos que ver un laburito. Ya lo hablo y le digo que ni aparezca.

Unas horas más tarde, llegó el punto más alto de tensión en la *Bombilla*, desde aquí se sentían los griteríos, llantos, tiros, finalmente la cana lo bajó al hijo del finado Malmierca. Las sirenas de las camionetas de la Policía se cruzaban con las ambulancias del 107, podía escuchar las frenadas de autos. Las mujeres y niños insultaban a los uniformados...con el pendejo salimos de la guarida y fuimos al lugar del hecho, era tanto quilombo que nos superó la intriga.

A casi dos cuadras antes de los acontecimientos, teníamos un mejor panorama, la camioneta del grupo especial de Infantería recién llegaba. Empezaron a apedrearlos, bajaron del camión veinte efectivos y rodearon el cuerpo del delincuente desparramado en la calle de tierra. La madre y vecinos lo querían recuperar. Los otros policías se retiraron, había varios heridos. Nosotros retrocedimos unos metros porque la Policía inició el operativo de romper con los grupos y lanzaron gases lacrimógenos y otra división especial de la Policía, el C.E.R.O se sumó por el otro frente con disparos, balas de salva por doquier. Las balas no discriminaban... Se disiparon los grupos y la zona, finalmente, quedó liberada... La única que quedó tirada a unos pocos metros

del cuerpo, fue la madre, que lloraba sin consuelo. Dos efectivos se acercaron y la llevaron hasta la ambulancia.

Los motoristas entraron en la escena y taparon a varios de la huida. Eran partícipes de las agresiones a los anteriores Policías que intentaban proteger el lugar del hecho, como lo ordena la ley. Cuando vi que un grupo de cinco motoristas venía directo hacia nosotros, o eso creímos, empezamos a correr; parece que la orden era encanar a todos los presentes en la escena. Hicimos casi quinientos metros y nos perdimos por unos de los pasillos, por suerte no nos encontraron.

Ya más tranquilo, en el rancho escuchamos la sirena de los bomberos, los *bombilleros* iniciaron un incendio, el humo negro se expandía y avanzaba feroz por el barrio. El pendejo me ayudó a asegurar la puerta de entrada con dos vigas de madera, por las ventanas no me preocupaba porque tienen una buena seguridad, están enrejadas con hierro del doce. Luego, cuando me senté tranquilo a fumar, pensé en lo descabellado que fue salir para presenciar los enfrentamientos, parece que no me acordé que tengo pedido de captura, que hace un tiempo la Policía me busca por estar implicado en un asesinato.

Me quedé pensando en la señora que temprano me miró con desprecio, cuando pasaba con su carrito para hacer las compras, seguramente iba a cocinar para su hijo, lo único que le quedaba en esta vida miserable; sin embargo, esa mañana fue distinto para todos. Porque esa misma señora era la que ahora intentaba recuperar el cuerpo de su hijo, era el criminal que había matado a un abogado para robarle el auto y que horas más tarde, moriría en un enfrentamiento con la Policía, a una cuadra de su casa.

—Soy el gordo Reyna, jefe. Ya liberé la zona para que puedan entrar a la *Bombilla* y encanarlo al profesor— El gordo estaba sentado en la silla, miraba por la ventana que se conecta con la galería del fondo.

—Te dije, pelotudo, que no me hablé a este número. Cortá—el uniformado estaba redactando un informe en su amplia oficina, en ese momento la secretaria estaba en el baño.

—Hola, soy yo de nuevo. Siempre me confundo de número— se paró y observó cómo un gato caminaba elegante por la medianera. Sacó el revólver de la cintura.

—Qué querés, gordo—vio entrar a la secretaria y con un movimiento de su mano, le impidió. Volvió a quedar solo. Buscó en el cajón del escritorio los cigarrillos, no los encontró.

—Desde las tres hasta las cinco pueden entrar a la *Bombilla*, ya hablé con mi gente para que lo dejen laburar tranquilo. Ojo, tienen que hacerlo mañana, ¿Qué no quería una cabeza? —el gato se sentó y comenzó a acicalarse.

—Escucháme, gordo. Más vale que sea algo grande —Golpeaban suavemente la puerta; evitó que escuchara el gordo y gritó «estoy ocupado, no jodan».

—Sí, jefe. Ayer le dejé bastante y de todo un poco. Además, hay armas.

—Bien. Después del operativo te llamo.

—Ya le dije a mi gobernador, jefe.

—Mierda, qué estómago resfriado que sos. Muy forro. Te dije que yo soy el primero que se tiene que enterar y comunicar a los superiores. El operativo lo hago yo. Yo le comunico al gobernador. Te dije que no le rompas las bolas al gobernador por esto. Todo pasa por mí, antes. Dejá de mandarte cagadas. Escuchame, después me tira las pelotas a mí. Entendé que él no puede recibir llamados de un narco, es el gobernador. ¿Lo comprometés?

—Pero bien que todos comen del narco. Yo hablo a quién quiero y cuando quiero, rati. Cuando dejés de ser un rati, me vas a venir a pedir laburo. No te hagas el *pesao* conmigo, ¿me escuchas?

—No te calentés, gordo. Pero hay que seguir un orden, sino todo se va al carajo. Y no soy cualquier rati, como decís. Soy el jefe de Policía.

—Hasta que lo disponga mi gobernador. Y si yo le digo que no me colaborarás, te va a dar una patada en el orto. ¿Sabés quién pone la guita para la campaña? Me extraña que no sepás.

— ¿Y quién liberó a tu hermano, gordo hijo de puta? Después de semejante cagada que se mandó.

—Cómo si hubiera sido gratis. Me sacaste medio palo.

—Yo me jugué la cabeza por ese boludo. Esa guita tuve que repartirla. O querés que le cuente al gobernador lo que hizo tu hermano. La guita fue para callar a los buitres del juzgado. Encima me querés echar en cara, gordo culiau. Me estás debiendo varias.

—Bueno, calmáte, que me estás haciendo calentar, pedazo de bosta. Y la próxima vez no atiendas, hacéme hablar con la puta de tu secretaria. Chau.

El profesor pensaba que venir de otro palo y afincarse con mis negocios no le iba a costar nada. No se imaginó que sólo fue un títere. Lo mandé a mi hermano desde hace un tiempo a controlar el negocio que montamos en La *Bombilla*, utilizando al profesor. Claro, él cree que es su negocio, que tiene peso en el rubro y que lidera una banda. Sus tres empleados son gente mía. «Y como todo pájaro que quiere volar alto, hay que bajarlo». Ya es hora de entregarlo a la cana. El negocio funciona así. Con el jefe de Policía llegamos a un acuerdo, cada tanto él debe realizar un mega operativo y yo tengo que entregar «un jefe» narco, mercancía y armas. Le mandé la Brigada, ahora le deben estar reventando la casa. Estos intelectuales creen que la saben a todas porque estudiaron. Pelotudo, es un pelotudo. Hubo veces que intentaba convencerme de que era del palo porque lo vi trabajando bien, pero mi hermano me contó que lo escuchó hablando con uno de los jueces sobre mí. Este hijo de puta, muerto de hambre, me quería hacer la cama. Hace 20 años que manejo este negocio y esta bosta me quería entregar. No tenía un mango cuando le ofrecí el laburo, me quería empavurar con sus libros de mierda y esa forma de hablar que parecía un reverendo puto. Lloraba por una minita que lo dejó, cualquiera. Esas personas no encajan en este laburo, son débiles.

Además, mi gobernador me pedía una cabeza, las elecciones a diputados están muy cerca. Mi gobernador ya había bajado la línea que «se combata el narcotráfico», y bueno... es lo que estoy haciendo ahora con apoyo del jefe de Policía.

Ya tengo visto a quién voy a poner en reemplazo del profesor. Es un puntero político que laburó muy bien para mi gobernador. Dentro de un año o

menos tengo que entregarlo, también. Lo tenté con el negocio. Es ambicioso y le gusta mucho la guita y el poder. En cuanto al juez que habló con el puto del profesor y me quisieron enganchar, se va a llevar un gran susto cuando le mande la cabeza de su perro a su oficina. Ah, y cuando lo vea me va a tener que pedir perdón de rodillas. Se salva de que no lo haga boleta porque le hizo varios favores a mi gobernador.

### 3

Me enteré de que iban a allanar mi rancho y cargué lo más necesario en el auto. Partí en busca de mi ex novia que está en Villa Gral. Belgrano. Estos hijos de puta me habían tendido una trampa pero, por suerte, uno de los pendejos me adelantó la estrategia del gordo Reyna. Ahora tendré que manejar sin descansar hasta Córdoba porque vendrán por mí y por ella, por lo único que me queda. Le dije al pendejo que se tome el palo porque cuando descubran que me avisó, lo van a matar. Le dejé una buena suma de dinero entre las hojas del libro que le regalé.

La bola me late muy rápido, me hace doler, apenas me deja manejar. Estoy a unos metros del primer control policial, en Santiago de Estero, yo vengo fumado, tuve que darle al porro para suavizar el dolor, para calmar los latidos de la bola. Me duele bastante, me late, me molesta. Me pongo los anteojos negros, porque mis ojos me delatan. Freno, antes de hablar le muestro los papeles, asiente con la cabeza y paso. Paro. Lo llamo. «Tome

hombre, hace mucho calor, compren unas gaseosas». El uniformado se sorprende, se le escapa una sonrisa y me agradece. Lo pongo al auto a doscientos veinte. Estoy con el tiempo al límite. Prendo otro faso. Otra vez mis pensamientos están desbordados, pero ya no me hablan... me gritan, yo sé que quieren enloquecerme. Mirá dónde terminaste, caíste en lo más bajo, sos una mierda, al final no servís para nada; mirá dónde terminaste, caíste en lo más bajo, sos una mierda, al final no servís para nada... La bola late más rápido, miro por el retrovisor y creo que los autos de atrás me siguen, acelero al mango. Sos una mierda, al final no servís para nada. No soy una mierda, les digo a mis pensamientos, me digo a mí, no lo soy, no lo soy. Siento gusto a sangre en la boca, la bola dejó de latir... Reventó. Estoy a una cuadra de su casa. Estoy mareado, creo que empezó hacer efecto, debo apresurarme.

Estoy frente a su casa. Llevo el arma apretada bajo el pantalón. La camisa la dejé suelta. Bajo del auto y camino lento hacia la puerta. Creo que a dos metros está mi futuro, mi todo, si el plan sale bien voy a salir de esta miserable vida. Voy despacio, tengo miedo de que todo lo que estoy pensando, no se concrete. Como escritor quedé a mitad de camino, a pesar de que gané varios premios internacionales, a veces no tenía ni para comer.

Antes de bajar del auto aspiré cocaína, estaba muy cansado. Ya estoy a punto de tocar la puerta, mis piernas se sienten pesadas, estoy a segundos de cambiar mi vida para siempre. Me sale abundante sangre por la boca. Lo que me dio el doctor ya está haciendo efecto. Lo que más anhelo es tocar la puerta, pero el miedo y la incertidumbre me paralizan. Quedo justo a centímetros de ella y no la toco. El corazón está a punto de salirme. Voy a volver a verla después de tanto. ¿Cómo no me vine con ella, si tanto la amaba? Podría haber

vivido en este lugar una vida austera y sin sobresaltos, como lo hizo ella. Pero no, no le hice caso cuando me dijo que me estaba metiendo en un terrible quilombo.

Golpeo la puerta una y otra vez. Con la camisa me limpio la sangre. La puerta se abre lento. El mareo está a punto de voltearme. Aparece ella (no sabía del plan, de todo este circo que habíamos montado). Su rostro está descolocado, sus ojos teñidos de temor y tristeza. Parecía que me estaba esperando. Quise abrazarla y cerró la puerta y me dijo:

— ¡Corré, Félix, corré...!

Pobre, ella no sabía que ellos nos iban a ayudar, que eran parte del plan. La puerta se abrió nuevamente y salieron una decena de policías...

Una comisión de la Brigada de Investigaciones de Tucumán prefirió armar este circo en Córdoba. Subí al auto y escuché:

— ¡Alto ahí, Policía!

Ya me tenían apuntando. Saqué mi arma...debía hacerlo, ya había testigos...

#

—No lo toquen... vos —señaló a un cabo primero—, avisá a Criminalística —ordenó el jefe de la Brigada de Investigaciones, mientras miraba el cuerpo desparramado, sobre el pavimento tibio de la tarde.

Dos horas más tarde, los bomberos levantaron el cuerpo. El jefe del operativo no dejó de hablar por el móvil. Se sentaba, se paraba; caminaba de un lado para otro; movía la cabeza. Habló con siete personas. Recién en el último llamado, consiguió calmarse. Le dijo a su secretario, hombre de máxima

confianza, que suba a la Trafic de bomberos y que le comunique en el momento de llegar a la morgue.

El jefe realizó el último llamado.

—Mi señoría, ya va el cuerpo a la morgue, me acaban de hablar los changos, lo llevan bien guardadito en el baúl. El otro, va en el vehículo de bomberos, le dije a mi secretario que lo acompañe. Por favor, le sugiero que lo hable ahora al jefe de la morgue para realizar el cambio. Esta noche, si sale todo bien, le entrego el dinero al doctor, ¿cómo se llamaba?

—Valentino Corral, no te hagas problema, él nos cambia el cuerpo y hace todo el papelerío. Vos esta noche entregá el dinero.

Los únicos testigos de la escena del tiroteo, que todavía no se habían retirado, fueron los cuatro criminales que trabajan para el gordo Reyna. Estaban a casi cien metros observando y uno de ellos hablaba por el móvil describiendo lo que pasaba.

## **Bolilla III**

### **Una buena estrategia**

Me levanto temprano y cierro despacio la puerta de la habitación, ella duerme, me deslizo como una sombra para no despertarla. Son cerca de las siete, parece que ha llegado el momento que tanto esperaba. Voy al baño y no puedo evitar el espejo. Lo regresé a su lugar anoche. Algo me retumba en la cabeza. La barba está larga y, definitivamente, no me veo nada bien, «debería cortarme el cabello», le digo a mi reflejo, mientras me paso la mano por la cabeza. Me doy una ducha.

Cuando vivía en la Bombilla, no tenía espejos, no quería observarme, sabía que ese no era yo. No soportaba ver a Félix Gallardo con esa figura, no me aceptaba, ese estilo de vida que había elegido fue la peor decisión en mi vida.

Ahora vivo en un departamento que está ubicado frente a una plaza, un lugar muy tranquilo, con poco movimiento de autos, desde mi balcón todos los días el ocaso pinta por un rato de anaranjado las paredes. Vivo en Tomelloso, a 150 km de Madrid, lejos de la Argentina, lejos del Gordo Reyna. Del balcón observo claramente la iglesia, construida en el siglo pasado. A esa hora veo algunos ancianos jugando al ajedrez; una mujer atraviesa la plaza, parece que llega tarde al trabajo. Al igual que en la Argentina, las palomas, se deslizan en grupo, de un lado para el otro, marcando su territorio. Pongo la pava, en vez de una cucharada le agrego dos de café, regreso a mis viejos hábitos de escritor. Regreso a la rutina.

Me levanto con una idea que durante el sueño escuché. Una voz me susurra, quizás sea la mía que, mientras uno duerme, ella hace de la suyas. Me levanto y anoto en mi libreta de escritor, esa que ya está a punto de morir, tapada en tierra. Apenas observo el color marrón oscuro de la tapa, sus hojas

ya se muestran pálidas, en sus contornos el amarillo avanza irregular. Esa libreta descansa en la mesa de luz. Transcribo de inmediato. Es poético, pienso, no debería ir para un cuento o sí, no sé. Es como una reflexión. «Volví a escribir, eso era lo importante». El texto hace referencia al destino, decidí colocarles las comillas porque ese texto no es de mi autoría, es una cita de mi voz en mi sueño, en mi inconsciencia, aparte yo no escribo de esa forma, no soy poeta, no me sale, la poesía o el texto con tintes poéticos no alcanzan mis escritos, pero mi voz en mi sueño hizo de las suyas, trajo a mis oídos adormecidos lo siguiente: *«El destino es incierto, atrapante y también desolador; tiene una pizca de hambre y de muerte, de miedo y casi siempre de injusticia, de lluvias con truenos y, en muy pocos casos, de ocasos apacibles. Es una roca que cae sobre la cabeza y destruye tu ingenua y frágil creencia de que todo estaba bien y también el destino es una vertiente de agua clara que pocos pueden tomarla. Casi siempre derrama injusticia y crucifica a más de uno, a muchos, a muchos de los que no han podido esquivar las bolas de fuego del Señor Destino, dueño de las voluntades. ¿Qué será de mi destino?»*

Cuando me suceden estas situaciones, primero lo escribo en la libreta de tapa marrón oscura. Luego, transcribo lo que creo conveniente en la computadora. En este caso lo transcribí sin filtros, sin haber realizado un análisis que pudiera discriminar lo que esa voz, anoche, retumbó en mi cabeza.

Me siento frente a mi escritorio nuevo, el otro, el que vio parir tres novelas lo dejé en Tucumán. A ese escritorio lo había manchado de las impurezas mundanas. Tuve que dejarlo, ya no es un escritorio para un escritor. La libreta la dejo al costado de la mesa, a la par del teclado y, antes de sentarme, preparo el mate. Mis días vuelven a la normalidad, ya no me

desayuno con merca, tampoco lo hago con la musiquita horrible del celular intuyendo que sería uno de los pendejos, a quién tenía de empleado en Tucumán, cuando era jefe de una banda narco. No, eso ya fue. Ahora ya no tengo celular, lo reitero, volví a la normalidad. A la televisión que también tenía en Tucumán, antes de venirme a España, la agarré a mazazos, canalicé toda mi ira.

No estoy muerto, por suerte, me olvidé de decirlo, me imagino que lo notaron. El plan lo ideó el jefe de la Brigada y otros muchos más pesados, con él tuve varios encuentros para poder organizar mi supuesta muerte. Él es del otro bando, responde al partido opositor y quería voltear el cártel integrado por el gordo Reyna, el jefe de Policía y dejar sentado la complicidad con el gobernador. Cuando me lo planteó, me dejó una propuesta.

—Aquí nos estamos jugando la cabeza los dos, si el plan no sale bien terminamos en la fosa. Sí, en la fosa, no me mirés con esa cara de angelito. A vos tampoco te quedan muchas opciones, o agarrás viaje conmigo o en uno de estos días el gordo te deja flotando en El Cadillal; pero si resulta, y creo que todo va a salir bien, con tu declaración y todos los elementos de pruebas, te lo aseguro que vas a quedar libre y yo voy a ser el flamante jefe de Policía. No te confundas, no me mirés así, a esto lo hago para aportar un granito de arena a la sociedad. Cuando me alisté a las Fuerzas de Seguridad lo hice con ese propósito y si llegara a ser jefe de Policía, bueno, ya sabés, es otra cosa.

—Sí, otra cosa —prendí otro cigarro—. Recibirías guita de todas partes.

—Mirá, Escritor de cuarta, vos pensás que estoy a escondidas, a merced de que en cualquier momento me bajen esos narcos, arriesgando la vida de mi familia, ¿vos pensás que lo hago por la guita? Contestáme. A mi mujer y a mi

hija las tuve que mandar a San Luís, a la casa de mi hermano, para que estén a salvo.

—Quizás me confundí, porque en este ambiente conocí a varios que se vendían por dos mangos—sigo fumando como si nada.

—Sí, te confundiste, cuando yo sea jefe de Policía voy a darles una patada en el culo a todos esos canas corruptos hijos de puta. Porque esas mierdas contaminaron la Fuerza, y por esas ratas, la sociedad dejó de creernos.

—Te creo, Herrera, te creo. Tranquilo. Yo voy hacer al pie de la letra lo que digas. Tampoco tengo muchas opciones. Si salgo de ésta, te lo voy a agradecer eternamente. Y disculpáme si dudé de tu honestidad. En este ambiente todos hablan y prometen.

Había pocos lugares donde podíamos encontrarnos. El gordo Reyna tiene aliados por entero.

Esa noche de julio la temperatura se arrimaba a los cinco grados. Estábamos al costado del camino, en el kilómetro 12, podíamos observar “El Cristo”, el cerro San Javier ahora era el escenario.

— ¿Y cómo sé que no estás con Reyna y el Jefe de Policía, y me querés hacer la cama? - bajé la ventanilla para fumar. Los vidrios estaban empañados, escuchábamos sonidos extraños de insectos que suelen andar por la noche. Me estaba haciendo efecto la merca, antes de venir a la reunión aspiré bastante, por si me hacían boleta, para no sentir la balacera impactando en mi cuerpo.

—Pero me acabás de decir que confiás en mí y ahora me salís con esta pregunta. Mirá, lo voy hablar al senador ahora, ya sabe de la situación. Te

conoce. Esto se viene organizando hace un tiempo. Hay muchos involucrados, no estamos solos. ¿Vos crees que te elegimos al azar? Vos no sos de ese palo, no sé cómo mierda llegaste a meterte o quién carajo te convenció. Pensamos que vas a tener otra oportunidad para salir de toda esa mierda, por eso te elegimos. Vos nos das lo que necesitamos y, a cambio, tenés tu libertad.

—Dale, hablá al senador. A ver qué me dice y si logra convencerme. La próxima vez nos reunamos en otro lugar, parecemos amantes en esta oscuridad. Y qué garantía me da el senador, como si el senador fuera el ser immaculado, el santísimo hombre que viene con su bondad a poner orden en Tucumán. Dejate de romper las pelotas, Herrera, debe ser peor que Reyna. En una de esas nos entrega a los dos, y somos boleta. La merca y las armas mueven mucha guita, ni te imaginás. No hay campaña política que se resista a la guita sucia de la droga, y lo sabés bien, no te hagás el pelotudo, y si no lo sabés te lo cuento en una sentada —me estaba sobrepasando, mis palabras elevadas de tono, no se justificaban.

—Pará, pará. Dejá de zarparte. Estás diciendo muchas boludeces y me estás faltando el respeto. Mirá, si no te sirve lo que te propongo, dejá todo como está y listo. Yo puedo ofrecerte mi palabra y nada más, también estoy jugado en esta. Yo también pensé y mucho, pero me la jugué por esta gente. Ya hablé con un juez y también hay pescados más gordos que nos apoyan, que quieren bajar al gobernador. No somos nada a la par de estos, pero nosotros a la vez podemos generar un verdadero quilombo si declaramos y entregamos pruebas.

—Sabés, ahora terminemos la reunión, dejame en la rotonda y me tomo un taxi. Estaremos en contacto, dame unos días para pensar —con la poca

lucidez que tenía me salvé de decir boludeces y cuestionar su procedimiento para sacarme de la mugre en la que estaba sumergido. Era la única persona que, en todo ese tiempo, me había traído esperanza, y yo lo cuestionaba o no sé, por momentos me creí importante. Por suerte pude rescatarme. No entendía muy bien qué es lo que tenía que hacer, cuál era el plan en concreto. Bueno, lo importante es que me sumaron a su organización, pero lo poco que entendí es que quieren desbaratar la banda del gordo Reyna y me necesitan.

#

Ya habían pasado cinco días de aquella reunión. Me levanté optimista esa mañana, la decisión estaba tomada, debía arriesgarme, además, ya no me quedaba mucho tiempo, el gordo Reyna me iba a matar tarde o temprano. Por días no pude dormir, nunca había imaginado que otra oportunidad se me iba a atravesar, que el destino, esta vez, iba a jugar a mí favor.

Una semana antes a los hechos que terminaron para algunos en un final trágico (mi muerte), mantuve con Herrera, la última reunión. Esta vez se subieron otros actores al escenario: el senador y el doctor Zambrano. Estaban algunos, faltaba el Juez, un concejal de San Miguel de Tucumán y un legislador. La presencia del doctor me inquietó un poco. Todavía no entendía su propósito.

Ese día salí temprano de casa, como a las seis de la tarde, la reunión era a las veintitrés, pero había que hacer las cosas bien. Sabía que el gordo Reyna ya desconfiaba de mí. Descubrí que uno de los suyos me seguía. Dejé el auto y me tomé el bondi, debía eludirlo antes de la reunión. Me bajé a unas

cuadras de la peatonal Mendoza intentando perderme entre la muchedumbre. No pude evadirlo, el flaco tísico desgarrado todavía me tenía en la mira, daba unas enormes zancadas. Entré al mercado del Norte, me senté en un puesto y me tomé una cerveza, al flaco tísico, lo tenía demasiado cerca, se había sentado, el muy descarado, en el local de enfrente. Tenía que pensar qué hacer; todavía tenía varias horas por delante, antes de la reunión. Ya estaba por terminar el último trago de cerveza y no encontraba la manera de cómo deshacerme. Cuando levanté la mirada y por el espejo del bar le observé al flaco tísico un arma en la cintura, fue cosa de unos segundos, un movimiento lo puso en evidencia, cuando se dio cuenta del error, ya era tarde, le había alertado al policía, ahora el flaco era el perseguido. Salí del mercado del Norte por la Maipú, ya estaba mucho más tranquilo. Fumaba y miraba las ofertas de los locales de ropa.

Para las citas soy puntual, más aún si está en juego mi libertad. A las veintitrés en punto ya estaba en la casa quinta de una persona que no tenía vinculación directa con el plan, a una hora de San Miguel de Tucumán, en Concepción. Herrera ya estaba con el doctor Zambrano, —me enteré que era cirujano, y que luego se convirtió en el presidente del Partido—, y para mi sorpresa, el senador. Fue precisa la reunión. Yo debía morir, simular mi muerte, de otra manera no tendría escapatoria. Era mi única salida. La idea era dejar todas las pruebas en contra de Reyna y sus directas vinculaciones con el poder político (y vale que tenía muchas). Morir, yo, Félix Gallardo, debía morir. Nombre y apellido nuevo, lugar de residencia en España (iba a volver a mi lugar, a mi sitio, pero a una ciudad más pequeña: Tomelloso. y lo único que no

iban a poder cambiar, era el oficio, mi profesión, iba seguir siendo escritor. También les exigí otra identidad para mi novia.

El doctor no dijo mucho, solo lo preciso:

—Agarrá, esto tenés que tomar, es lo que simulará tu muerte, me lo entregó en las manos, saludó a los demás y se retiró.

Podría haberle entregado a Herrera y mantenía el anonimato, pero creo que me quería conocer, para luego dar su punto de vista sobre mi persona. La reunión duró muy poco, sentí como que yo no tenía nada que ver en ese lugar y con esa gente, en realidad era así. Me citaron para demostrar que no estaba solo y para conocerme personalmente, también para explicarme cómo iba a ser el proceso, todas las instancias, la duración del efecto de la medicación que me mantendría en un estado parecido al de un muerto. El cambio de cuerpo (que no cuestioné quien sería y de dónde lo sacarían al otro cuerpo que sería yo, pero muerto... El plan ya estaba minuciosamente diseñado. En este plan no tenía escapatoria, me mostraron la foto de ella, de mi único amor. Ella era su garantía.

—Simplemente tenés que limitarte hacer lo que te dijimos, nada más. Y listo —me dijo el senador. Y continuó:

—Te lo digo en la cara, de frente...vamos a triunfar, no pueden salir mal las cosas. Todo lo que pediste se te va a cumplir.

«Hijo de mil puta», retumbaba en mis adentros, a dónde guardo la mayoría de frases y verdades que quiero decir. «Son todos iguales, los políticos, son una raza, lo acabo de confirmar, una “puta raza”».

—Sí, senador, vamos a triunfar...Ahora que ya me conocieron y me mostraron a mi novia en una foto, ahora, ¿me puedo retirar...?

—Claro- dijo el senador y agregó:

—Ahora que nos conocés, sos gente nuestra, te vamos a cuidar. Enrique te va a cuidar, pero no te preocupes, nadie lo va a notar, profesor. No te vamos a poner en riesgo, eres la ficha más importante para terminar con esta mierda.

Enrique es un cana que pertenece a un grupo especial de la repartición, esos que no se muestran con nadie, son policías muy bien entrenados, del grupo C.E.R.O.

#

El abuso de poder de los políticos también sacude las ramas de la seguridad, los policías terminan siendo unos títeres del Estado, para el buen uso y para el malo, por sobre todo. La democracia se salpica de esquirlas dictatoriales, creadas por los mismos democráticos.

La última novela que escribí fue policiaca, no tuve que investigar demasiado para llevar adelante los capítulos, describir los escenarios del bajo Tucumán, las conexiones de los poderosos con los líderes de ese estrato social, que actualmente se impone en la sociedad: los delincuentes. No me causó demasiado esfuerzo, los diarios dejan todo servido, te muestran los personajes, las escenas, las denuncias, las complicidades. Todo.

Pero, una cosa es tomar de ese extracto de realidad que te muestran, para escribir una ficción; y otra totalmente diferente es ser el protagonista de todo eso. No podía creer que yo, Félix Gallardo, un escritor, estaba esa noche participando en una reunión que iba a generar un revuelo en la provincia. Yo era uno de los engranajes determinantes para generar «la noticia», que hace un tiempo, cómodamente sentado en mi oficina, las leía para crear mi novela. Yo, Félix Gallardo ahora, era uno de esos personajes siniestros, que no me

pesaba nada, que había perdido toda moral y decencia, yo era ese personaje siniestro que hace un tiempo odiaba y que ahora iba a cambiar el rumbo político. Un cambio de rumbo político era lo que menos me interesaba. La obligación de salvar el pellejo de mi exnovia y también del mío, eso sí me movilizaba, por eso, toda esta banda de hijos de mil puta, ya había diseñado el plan perfecto, el plan que dio resultado, el plan que fingió mi muerte y que condenó al gordo Reyna, al jefe de Policía, al gobernador y otros rufianes que habían tomado posesión de la provincia hacía más de quince años.

Esa novela la escribí en España, con mi nueva identidad y algunos cambios producidos en mi rostro por un ambicioso cirujano.

## **Bolilla IV**

### **El retorno**

Es la primera vez que voy a acostarme con otra mujer, estando casado. Ni siquiera me acostumbré a la palabra: mujer, mi mujer; y menos a la frase: mi esposa. Fue tan poco el tiempo de casados, de compartir a pleno ese estado. El tiempo también, es otro que hace de las suyas. «el tiempo lo va a curar, porque el tiempo lo cura todo». Esta puta afirmación, es una mentira. Porque si el tiempo lo curaría todo, mi matrimonio funcionaría. El tiempo no pudo curar el pasado, mi pasado y el de ella. Todo por mi culpa, yo fui quien hizo todo mal. La primera y más importante locura fue haber regresado a la Argentina (no me quedaba otra). Porque todo lo malo me pasó en Tucumán, en mi provincia que amaba. Bueno, tenía que regresar, por un tiempo, por un corto tiempo, me intentaba convencer cuando fui a sacar los pasajes para mi novia y para mí. Supuestamente eran tres meses, y me terminé quedando varios años enredado por tiros, droga y corrupción. Había acordado con el decano de la carrera de Letras, una charla, en realidad varias, para los estudiantes de Lengua y Literatura, sobre Borges, en mi corta estadía. Me había convertido en un experto en su vida, y sobre todo, en su literatura. En España me iba muy bien con esas charlas intensivas sobre mi escritor favorito. Con respecto al taller lo dicté en la Casa de la Cultura, pero solo pude hacerlo dos meses, cuando esa tarde, se me presentó a mi puerta el pendejo, el aliado del Brujo. Y desde ese día toda mi vida cambió. No les conté por qué había regresado a la Argentina. Mi madre había fallecido tres días antes de mi retorno, no me dio tiempo a que me despidiera de ella. El cáncer finalmente se la llevó. Todo indicaba que, por lo menos, esa terrible y siniestra enfermedad, iba a terminar con su vida unos meses más tarde, pero se descompensó y la ambulancia demoró demasiado. La vecina —enfermera jubilada— se encargaba de ella. Ese último tiempo ya

se había instalado a vivir en mi casa, para cuidar a mamá. Con ella hablaba todas las noches. Eso me tenía tranquilo, pero notaba en ella un trato muy diferente al que teníamos cuando yo vivía ahí. En su voz podía captar su enfado por no haber estado con mi madre. En su peregrinar, no la pude acompañar. Es difícil armar un viaje desde tan lejos. Ella padeció dos años. Y no me culpó por mi ausencia, la relación con mi madre no era para nada buena, nunca lo fue. Me corrió de casa. Y eso me costó digerir. «Estás todo el día sentado frente a esa computadora, ya no te importa nada, ¡cómo vas a dejar el trabajo con la crisis que hay!... no pensés que te voy a bancar». Yo había dejado el trabajo de profesor en la facultad para dedicarme íntegramente a escribir. Sabía que me iba a encontrar con un mundo adverso, pero la decisión estaba tomada. «No quiero vagos en mi casa». Mi vieja era contradictoria, ella me había mostrado el mundo de la literatura. Fue quien, a los cuatro años, me enseñó a leer los primeros cuentos. «¿Cuándo viste a un escritor con plata?, al menos que seas un Borges, cosa que no lo creo». Me había enseñado a amar a Borges. Pensé que uno debe hacer lo que quiere en esta vida, porque no hay otra, frase que también la escuché desde pequeño por mis viejos; hacer lo que realmente estás convencido que te hará feliz o, en realidad, menos infeliz. En ese tiempo pensé que los bienes materiales no significaban nada. Ya no era un chico cuando tomé esa decisión. Ya venía ahorrando hace un tiempo en dólares. En casa no tenía mayores gastos porque mi vieja cobraba la pensión de papá y no me dejaba pagar nada. Yo le dije a mi madre cuando le planteé lo de ser escritor ciento por ciento, que Ernesto Sábato también lo hizo, también dejó todo por la escritura, y se convirtió en un escritor famoso. Yo sabía que, desde ese momento, tenía los días contados en

casa. Mi madre era drástica, la conocía demasiado, por más que fuera su único hijo, me daría un merecido. Pensaba que no iba a sobrevivir sin ella y sin un trabajo estable y, sobre todo, sin un techo. Estaba convencida que a la semana volvería, pero no fue así. Nunca más regresé, se equivocó. Convencí a mi novia que se fuera conmigo, ya me había salido la nacionalidad española. Había ahorrado por dos años. Además, todos mis antepasados eran de España. Siempre pensé que, si tenía que dejar mi país, el primer destino que se pasaba por mi cabeza era España. «La sangre tira», me convencía.

En esos tres meses de vuelta en la Argentina, aparte de visitar a mamá en el cementerio, debía gestionar la venta de la casa. Por suerte, unas de las cosas que le agradecí a mi mamá en el cementerio fue haberme dejado los papeles de titularidad, para evitar el prolongado trámite de sucesión. Ella no quería ser cremada, una vuelta me lo dijo, cuando se ponía triste, depresiva y me hacía un llamado y me tiraba paldas. Quería que la entierren con papá y que, de vez en cuando, le lleve flores.

Es la primera vez que voy a su depto. ¡Qué pelotudo que soy! Ya he caminado dos cuadras y no encuentro la numeración. Para mí que algo en mi cabeza no anda muy bien. Me pasa siempre. Me cuesta llegar al destino. Estuve mucho tiempo viviendo en Madrid, ahí nunca me perdía. Ahora, en esta nueva etapa, desde que estoy en España, decidí elegir un lugar más tranquilo: Tomelloso. Sigo buscando, me dijo: “unos metros antes de llegar a Hidalgo y Libertad”, pero creo que no me señaló si era por Hidalgo. Tuve que mandarle un mensaje para que saliera; la noche está fría y comenzó a llover. Yo nunca cargo paraguas, por más que mi mujer me lo entregue en la mano, lo dejo al

costado de la puerta. Me molesta tener mis manos ocupadas. Lo que siempre guardo en el morral es una libreta y una lapicera. Volví a tener celular.

Cuando puse un pie en mi casa de Tucumán, sentí una sensación muy rara. La vecina me entregó las llaves, y no quiso, ni siquiera, charlar sobre lo acontecido. En su rostro se reflejaba su odio hacia mí. Como si yo fuera culpable del cáncer de mamá, fuera el culpable de su muerte. Yo no me sentía culpable. Era su destino, cada ser tiene su destino, es casi imposible trazar una raya diferente, intentar elegir un camino opuesto a lo que ya está designado para cada persona. Yo elegí vivir en España, y ser escritor; así como mis abuelos eligieron Argentina para forjar sus vidas. Mi vecina parece que no recuerda que durante esos dos años vine y me quedé casi un mes, no podía más tiempo. Fue en los primeros meses, cuando todavía estaba bien. Pero, lamentablemente, en su padecimiento no pude viajar, tenía compromisos que ya había pactado.

Euge es mi amante. Tengo bastantes dudas y miedos. Las dudas no son sentimentales, yo la quiero. Dudas siempre uno tiene, duda de todo lo nuevo que emprende. Dudo si tendrá un final feliz, dudo salir ileso de este nuevo «emprendimiento». El amor me atrapó —perverso y despiadado—. Esa energía que, al parecer, existe como una fuerza invisible que se impone en cierto lugar del cerebro y nos manipula por un tiempo, (a veces largo y otros cortos, muy cortos); o simplemente surge de nuestra pura imaginación. Estoy convencido que el amor es la manipulación más barata creada para sufrir, más que para disfrutar. Bueno, miedo dije. Sí, también me sumerjo en las aguas turbias y espesas del miedo. Un miedo que interrumpe la conexión entre el sistema nervioso y el muscular. Esta noche tengo miedo de quedarme paralizado. Ya

me pasó. Fue con mi esposa, en nuestro primer encuentro sexual, cuando fuimos novios. Imposible dejar atrás esos momentos que me marcaron, que psicológicamente me dejaron sentado un precedente en la memoria. Esa noche la remé como pude... Esta noche no será así, tengo que ser positivo.

Abrí la puerta de mi habitación, estaba como la dejé: la biblioteca repleta de libros, el cuadro de Borges en la pared de frente a la ventana. Las secuelas de humedad se habían proliferado. Diplomas de concursos literarios al costado del cuadro de Borges. Un viejo equipo de música descansaba en un rincón. Todavía funcionaba. Observé por la ventana: El jardín estaba abandonado. Un gorrión me dio la bienvenida. Sobre la rama del viejo sauce, una y otra vez, la melodía salía de su pico. Me senté en la silla de frente al escritorio y apoyé mi cara sobre él. Como lloran los bebés cuando extrañan a su madre, así lloré. El silencio de la casa retumbaba en mi cabeza. Una leve brisa entró por la ventana, quizás intentaba calmar mi angustia. No había nadie, todos se fueron. Me sentí muy solo, me había quedado solo. El viejísimo portarretrato que permaneció en ese lugar por más de una década, lentamente se movió por la brisa y se cayó hacia adelante. La foto con mis viejos, cuando recibía el diploma de egresado de la secundaria, se dejó de mostrar. Al cabo de unos largos segundos levanté la cabeza, observé el portarretrato, lo volví a ubicar en su lugar. Me veía feliz en esa foto, sonriendo. También mis viejos estaban felices porque su único hijo había terminado una etapa, eran tiempos felices.

Mi matrimonio colapsó. Mi mujer tiene otros objetivos que andar complaciendo mis placeres, ella ya no los tiene —por lo menos conmigo, no—. Habíamos luchado tanto para estar juntos y cuando finalmente la calma llega a nuestras vidas aparecen otros problemas, ya no era el de la droga, la mafia, y

todo lo que viví y lo que ella sufrió por eso; ahora eran los cotidianos problemas de pareja. Euge se me apareció milagrosamente, como una virgen. Cuando la conocí yo estaba con otros temas, con mi vida rutinaria y monótona (sí, «rutinaria y monótona», siempre me gustó vivir así, ahora me miento o apelo a ese argumento para cogerme a Euge). Ella es otra compañera, así como mi esposa, (intento convencerme que soy un angelito, pero me di cuenta que desde que entré a esa banda delictiva, mi vida cambió, afirmo que soy un hijo de puta), No lo niego, amo a mi mujer y creo que a Euge también, aunque por ahora tengo más calentura, le tengo muchas ganas, (es lo que más me preocupa). Ella me dispara la perversa imaginación. En mis masturbaciones frecuentes, ella se convirtió en la imagen favorita en la que mi memoria recurre. Un hombre casado también se masturba, increíble, pero sí... Dos meses sin sexo con tu esposa, es demasiado (esto último no pertenecía a mi rutina monótona, llegué a coger tres veces por semana, pero de un día para otro todo cambió). Y cuando estaba a cargo de la banda en Tucumán, cogía todos los días, putas de aquí, putas de allá. Ahí, en esos años, era puro Ello, como los bebés, complacía mis deseos en todo momento.

Ya perdí toda esperanza que mi esposa cambie de parecer, ella no lo va a hacer, ya lo sentenció, ya me le dijo, ya no hay vuelta atrás (ella también cambió).

«Yo soy así... no voy a cambiar, soy fría, no me sale ser cariñosa, no me sale encararte». Esa frase me dejó descolocado porque es una mentira, si le hubiera dicho a un desconocido, seguramente lo convencía, pero decírmelo a mí, fue un gran error. Nunca fue fría y siempre me encaró.

Miente, ella sí es o fue una mujer compañera, cariñosa, atenta. Inclusive yo era el boludo que no la atendía.

Escuchar esas declaraciones a los tres años de matrimonio, te pone en jaque mate. Las últimas veces que hicimos el amor —por llamarlo de alguna manera—, ya no quiso ni besarme, ya no le preocupa nada. Ya ni siquiera lo finge. La otra vez me dijo que hace como un año que no tenía un orgasmo. Bueno, imagínate cómo me puse. Me terminé de convencer lo que venía pensando hace tiempo: ya no la caliento, que es mucho más grave que no me ame. Pero bueno, lo importante es que me lo dijo, eso quería yo, que largue todo, que saque toda la «mierda» que acumuló por mi culpa. ¿Desde cuándo lo tendrá guardado? ¿Cuánto habrá sufrido, acumulando esa gran verdad?... Sin embargo, fuera de esos detalles íntimos, la vida matrimonial es perfecta. Un poco raro, ¿no? ¿Perfecta? ¿Existe la perfección? Soy un chiquilín: «Vida matrimonial perfecta», una frase hecha, no va para nada en un texto de un escritor. No te lo puede creer nadie. Nada es perfecto, nadie es perfecto, la vida es una suma de imperfecciones.

Ayer pensé en colgarme, son muchas las sumatorias de imperfecciones por la que tuve que atravesar en contra de mi voluntad en estos años, ahora pienso en dar el batacazo y adelantarme a mis tragedias. «Tragedias», de ninguna manera, soy un exagerado. Primero la frustración con la escritura, después lo del Brujo, luego inmerso en la inmundicia de la droga con el Gordo Reyna. Mi esposa me había dejado solo en todo ese tramo que la pasé tan mal, ahora, después de todo lo que nos ocurrió como pareja; le tendría que haber preguntado para qué lo hizo, para qué quiso casarse después de todo lo que vivió, de todo el sufrimiento que le causé. Quizás empiece con su plan de

venganza, no es despiadado que piense así... «un plan de venganza» no me da ni cinco de pelota, y no se parece a la mujer que vivía en Tucumán, en nuestros primeros años de noviazgo, es otra...o seré yo el otro, después de tantas «sumatorias de imperfecciones» cambié más, mucho más que ella, y es por eso que la veo de otra manera, no sé, pero...

Subimos por el ascensor al 6 A, en ese tramo, le chupe las tetas, ella me arrancó el botón del pantalón y sus manos frías, agarraron la brasa, una brasa que emanaba un calor, un fuego, que en unos segundos calentaron esos dedos juguetones. No son muy grandes sus pechos, pero son muy sensuales. Sus pezones se erizaron, (ella me había dicho que le gustaban que le besen los pechos). Ella es muy sensual. No encontraba la llave, yo seguía con la furia de un león, agazapado a su cuerpo, ahora besando su cuello, hasta los hombros, apoyando la pija en sus nalgas duras y contorneadas. Estaba en el bolsillo de atrás. La saqué y le entregué, ella torció el cuello buscando mis labios, y nos besamos. En esa posición, abrió la puerta. Ya sabía de mi punto G, su lengua bailaba en mi oreja y me agarró la pija y la puso entre sus piernas. Gemía fuerte, no le importaba nada, ni el silencio absoluto del edificio. Eso me calentaba mucho, que no le importe nada, que ese momento sea para ella lo único y lo más importante, me encantaba. Esa noche me devoré la presa, no les dejé nada a las hienas. Estuve semanas sin masturbarme.

Euge hace unos días quiere verme. La conocí en la presentación de mi último libro, en Madrid. Ella estaba en el bar sola y cuando empecé a disertar se levantó, trajo su cerveza y se sentó en mí mesa. Después me compró un libro y nos quedamos charlando de las estrechas posibilidades que tiene el escritor para ser conocido. Ella me contó que estudia cine, ya está en su último

año y que vino de Andalucía. Fue todo muy rápido, yo debía seguir con otros compradores y hacer todo ese circo de firmar los ejemplares, cosa que no me gusta, ojo, apenas cinco libros firmé. Pero esa noche me quedé pensando en ella. Ese día mi esposa faltó a mi presentación, tenía clase de pintura. En Tucumán, nunca pasó eso, era mi compañera, juntos organizábamos las presentaciones, éramos un equipo, ella me manejaba el marketing, el dinero, todo en relación a mi carrera de escritor. Ahora tomó distancia. «Yo con mis proyectos y vos con los tuyos», me lo repitió mil veces, cuando le dije si se podía encargarse de acordar una entrevista con el diario *El País*. Me resigné a que ya no participara de mi equipo, pero no a su ausencia en las presentaciones de mis libros, es mi esposa, la mujer que amo con locura; lo más significativo es su presencia. España se tornó gris oscuro, huele a mierda, al igual que las calles de Tucumán...

Estoy escribiendo otro cuento para un concurso que organizó la "Sociedad Argentina de Escritores Filial Tucumán", ya estoy a punto de terminarlo, se titula: *Venganza Amarga*. Estoy probando con el género negro y criminal, me siento cómodo. Mañana cierra el concurso, en un rato lo mando por mail. Ya lo revisé, les cambié algunas palabras, creo que quedó aceptable. A pesar de que ya no vivo en Tucumán, siempre estoy al tanto de los concursos literarios que se organizan, ahora extraño mi provincia, escribo sobre su gente, sus calles, sus personajes. Creo que ya me estoy volviendo loco, en ningún lugar del mundo voy a estar bien, porque no tengo paz, no soy feliz, ahora también me persiguen las pesadillas, uno de los pendejos de la banda, me atraviesa un cuchillo por la espalda, cuando quedo tirado en el piso

agonizando, unos zapatos tacos altos de color rojo, los de mi esposa, se acercan a mi rostro y me patean, me revientan la cabeza.

Son la una de la madrugada, en mi celular tengo tres mensajes de mi esposa. En su momento los vi y le contesté, y cruzamos cinco minutos de charla cuando llegué de trabajar a la noche. Esa fue toda mi relación. Así nos pasa muchas veces, casi la mitad de los días de la semana. Ella ahora trabaja en una tienda árabe y sigue tomando sus clases de pintura.

Estoy con Euge en su departamento, me invitó a almorzar, tuve que mentir en casa que me juntaba con unos editores. Esta mujer me quiere matar, me escribió una carta de amor, se tomó el tiempo para enumerar las cosas buenas de mí. Volví a creer en la vida. ¿Por qué el tiempo destruye las relaciones prolongadas, por no decir los matrimonios? Esa carta, me la imaginaba escrita por mi esposa, creo que le pediría de nuevo su mano, si la hiciera. Ella tiene tantas obligaciones. No, sería imposible que lo haga, nuestro matrimonio no es una obligación más, no es nada. Pero fue raro. Leía la carta mientras Euge me miraba y yo pensando en cómo la hubiera escrito mi mujer. Creo que soy un hijo de puta, si ella la escribió y listo. Quiero inventarles actitudes que mi mujer nunca las tendrá, a menos que se lo diga. Una carta, ¿cuánto puede cambiar una carta en un matrimonio de 3 años? Bueno, terminé de leer y levanté la mirada hacia sus ojos cafés, luego la abracé en silencio, en silencio le dije gracias, le dije que la amaba, en silencio terminamos en la cama.

Ayer a la noche me dijo mi esposa que tiene miedo de hablar conmigo. El colmo, se convirtió en una caja de sorpresas, pero justo de las sorpresas

que yo no quiero. Ahí me di cuenta que pedirle algo a ella, algún cambio que nos acerque, es en vano. Ahora me siento un sicópata, le estoy comiendo la cabeza a mi mujer, me tiene miedo, mi mujer me tiene miedo. Te lo juro que nunca le puse las manos encima. Pero sabe que anduve en la peor mierda y tiene razón de tenerme miedo, no se olvida que no hace mucho tiempo era un delincuente sin escrúpulos.

—Me trituras la psiquis...

Y yo pensaba que me iba a escribir una carta de amor. En estos casos ya habrá que terminar con esto, aquí hay mucho más que desamor, aquí nos estamos (o le estoy) haciendo daño.

Creo que soy un chiquilín, pretendo que mi esposa me escriba una carta de amor. Prendo un pucho. Vuelvo a leer todo lo que escribí, me voy al YouTube y busco un tema de Silvio Rodríguez: «Oleo para una mujer con sombrero», me encanta. «...*Que me tenga cuidado el amor, que le puedo cantar su canción...*» Le cantaré al amor a cada paso, no se puede vivir sin cantarle al amor, Silvio, no se puede, porque te morís, te marchitas.

**Tesis**

**La caja**

Euge me llama, por suerte mi esposa no está, hace dos días se fue a Marruecos de compras. No le dije de esto a Euge, porque necesito estar solo, aprovechar para pensar, tengo varias cosas pendientes que tengo que definir de una vez. Me cansé de Euge y de mi esposa. Necesito distancia y tiempo de ambas. Creo que voy a inventar un viaje de un par de semanas. Será algo muy importante, le repetí una y mil veces que no puede llamar. Aunque resulta extraño porque siempre suele enviar primero un mensaje. Llora, no habla. Pienso en un embarazo no deseado. No deja de llorar. Corta. A los segundos hace una video llamada. Ahora está más claro el panorama. La tienen amordazada. Moretones que alcanzan todo el cuerpo. Salpicaduras de sangre en el piso, un par de jeringas sobre una silla vieja. La blusa que le había regalado, ahora no es más que un trapo roto y sucio. Apagan el celular. En esos segundos, en esos malditos segundos, una catarata de imágenes perversas inunda mis pensamientos: esas imágenes distorsionadas en una milésima de segundo hacen un intenso recorrido por todo lo que viví este último tiempo; mis pésimas acciones, me envuelven, esta vez buscan dar el zarpazo final, intentan enloquecerme. Cierro los ojos, creo que ese movimiento va a trasladarme a los campos Elíseos. Vuelve a vibrar el celular, (no sé por qué recuerdo cuando no tenía celular, todo era más sencillo, era más libre) es un mensaje que proviene del número de mi esposa: una foto de una caja color marrón, estampado en la cara principal la palabra: frágil. Pienso: «no estoy para tonterías, se dio el gusto de comprar las copas en Marruecos». Me asomo por la ventana, no veo ningún movimiento extraño. Visualizo al portero con mi caja. Bajo con lo puesto, vuelvo a buscar el pasaporte. Comienzo el descenso rápido por las escaleras, me arrepiento de haberme despojado del revólver. El

portero me saluda y me entrega la caja, hace un gesto raro con el rostro, sonrío y la cargo en el auto en el asiento de acompañante. Ahora entiendo porque el portero me entregó la caja: se desprende un olor insoportable. Pienso en tirarla a la mierda, pero antes llamo a mi esposa para anticiparle. Es un tema que tratamos en infinidad de ocasiones, siempre le llevé tranquilidad: «ya está todo resuelto, es imposible que sepan nuestro paradero. No te olvides que yo estoy muerto, nadie busca a un muerto». De todos modos, organizo un plan de escape. Pero la incertidumbre y el miedo acaparan mi cuerpo cuando escucho que la melodía del teléfono proviene de la caja olorosa. Freno el auto en medio de la avenida y la abro: está la cabeza de mi esposa, reposa en mi última novela, con una nota de un papel salpicado de sangre, agarrado por un pedazo de cinta en la frente, dice: «te encontramos, profesor»